

FBI

**VIOLACION
DE
CORRESPONDENCIA**

LOU CARRIGAN



FBI



FR

Título del original, en inglés:
VIOLATION OF CORRESPONDENCE

© Lou Carrigan
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 5.263-1967

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bleisa, 6. MADRID-19

LOU CARRIGAN

Violación de correspondencia

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de LOU CARRIGAN publicadas en
nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

- Núm. 738.—Espía profesional.
- » 752.—El gran traidor.
- » 758.—Cariño: este tipo está muerto.

Colección U. S. MARSHAL:

- Núm. 6.—Ha pasado un «marshal».
- » 9.—Frío de muerte.
- » 25.—Una placa para dos.

Colección RURALES DE TEXAS:

- Núm. 120.—A la caza del hombre.
- » 126.—Siempre ganan los rurales.
- » 132.—Cuartel de rurales.

Colección CORNILARGO:

- Núm. 19.—Cuestión de valor.
- » 23.—Ese hombre con revólver.

Colección PANZER DIVISION:

- Núm. 5.—Camino de hielo.
- » 11.—«Alexandria».
- » 27.—Tu fría tumba.

Colección GANGSTERS:

- Núm. 164.—Silencio: llega un ladrón.
- » 170.—Un muerto simpático.
- » 172.—Cogido en sus redes.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

- Núm. 148.—Hara-kiri.
- » 156.—Los esclavos.

TRÁILER

CON un piquete golpeó el fondo, hasta que empezó a entrar agua... Con aquel boquete tardaría apenas diez minutos en llenarse... Luego, ya posiblemente en un lugar profundo, se iría al fondo, con los tres cadáveres y el agente del

F. B. I.

Al cuál, como último detalle, lo ató con los demás, y todo el grupo a la lancha, de modo que una vez hundida, los cadáveres jamás saldrían a la superficie.

—Feliz viaje, señor Shark. Y mi enhorabuena por pertenecer a un organismo tan importante como es el

F. B. I.

La lancha se puso en marcha, directa hacia la muerte, hacia la noche absoluta que ya pesaba sobre Whitewater Bay.

Inmediatamente, empezó a correr hacia la otra parte del Islote...

Y, por alejarse tan de prisa, no pudo ver a Vinton Shark partir el cordón que le sujetaba, con un tirón tan violento que, antes de partirse con fino chasquido, el nylon se clavó profundamente en los tobillos del

«G-man»...

Tampoco lo vio ponerse en pie, a trompicones, y saltar, con los pies y las manos atadas, por encima de la borda, hacia el negro mar.

A menor profundidad, mayores posibilidades de salvación. Pero apenas tocar el agua, el cuerpo de Vinton Shark, privado de cualquier movimiento útil, se hundió, desapareció.

Y las aguas se cerraron sobre él, y las estrellas salpicaron el mar, y la luna lanzó sus rayos lívidos hacia aquellas negras aguas...

I

EL inspector Howard, jefe de la Delegación del

F. B. I.

en Nueva Orleáns, asintió con la cabeza.

—Espero que usted se dé cuenta exacta de lo que significan sus palabras, señor Demaree.

Giles Demaree, soltero, cincuenta años, millonario, lleno de salud y formidable su aspecto, frunció las espesas cejas grises.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted está haciendo una denuncia federal. Si se ratifica en lo dicho, y firma la declaración, ya no podrá volverse atrás: el

F. B. I.

seguirá trabajando hasta llegar al final.

—¿Quién ha dicho que yo pienso volverme atrás? —Enrojeció Giles Demaree.

—Nadie. Me esfuerzo sólo en recordarle que todo sería muy desagradable si sus sospechas no fueran ciertas.

—¿Sospechas? ¡Sospechas, dice usted...! ¡Tengo la absoluta seguridad de que ese traidor ha violado mi correspondencia, abusando de mi amistad y mi buena fe...!

—No se congestione —sonrió Howard—. Al fin y al cabo, usted y el señor Raysdale son buenos amigos.

—¿Yo amigo de ese..., ese..., ese...?

—Cuidado, cuidado —casi rió Howard—. Piénselo, pero no lo diga.

—¡Ese sinvergüenza! —explotó al fin Demaree—. ¡Porque ninguna persona que tenga vergüenza abre la correspondencia que no va dirigida a él mismo!

—Bueno... Más que tener o no tener vergüenza, el hecho

constituye un delito federal, señor Demaree. De manera que si usted quiere firmar la declaración, nosotros haremos lo posible para que el señor Ernest Raysdale reciba la correspondiente sanción o pena. Sólo le deseo que su denuncia esté bien cimentada, porque, de lo contrario, el señor Raysdale podría reclamar, demandarlo a usted por falsas acusaciones...

—¡Firmaré esa declaración! —dijo firmemente Demaree.

—Bien... —suspiró Howard—. La extenderemos ahora mismo, usted la leerá, y si le parece que hemos expuesto sus ideas a su gusto, la firma. Lo demás será cuenta nuestra, naturalmente.

—De acuerdo. Y espero que le impidan salir de Nueva Orleans en su maldito yate.

—Haremos todo lo que se pueda hacer, se lo aseguro... ¿Tiene la bondad de esperar aquí, señor Demaree?

Howard se había levantado, y él mismo abrió la puerta del cuarto anexo al despacho del jefe de la Delegación del F. B. I.

Una sala de espera bien decorada, insonorizada, provista de sistema cerrado de televisión y, por supuesto, de grabación. Todo lo cual de ninguna manera podía saberlo Giles Demaree, que entró en el cuarto, aprobó con la cabeza el buen gusto y el confort allí existente y se dejó caer en uno de los sillones.

Afuera, el inspector Howard volvió a su sillón giratorio y se quedó mirando a su ayudante.

—¿Precisas alguna indicación, Jackie?

—No, señor. Dentro de quince minutos tendré lista la declaración.

—De acuerdo. No olvides que el señor Demaree está esperando.

Jackie asintió y salió hacia su despacho, que era el antedespacho de Howard. Éste se volvió hacia los dos agentes que esperaban pacientemente, sentados en sendos sillones, habiendo asistido de tan cómoda manera a la ira del señor Demaree, uno de los millonarios importantes de Nueva Orleans. Claro que también era importante Ernest Raysdale, el denunciado...

—¿Qué os ha parecido?

El agente Bart encogió los hombros.

—Psé... Son cosas difíciles de creer, pero de todos modos el señor Demaree parece estar muy seguro. Luego, está lo del anuncio

en el periódico. Parece que sea una prueba más de que Raysdale violó la correspondencia de Demaree...

Howard asintió pensativamente. Ante él tenía la carta objeto del asunto:

«Señor Demaree:

»Tengo entendido que es usted aficionado a las investigaciones que conduzcan a hallazgos de objetos antiguos, de los cuales parece que posee una formidable colección. Por si le interesa aumentarla, le adjunto un mapa de Whitewater Bay, en el cual verá usted señaladas con una equis tres de los islotes. Si mis informaciones no fallan, allá encontrará usted, sumergidos, no pocos objetos que estoy convencido merecerán su interés. Más adelante, le haré una visita en Nueva Orleáns, y espero que sabrá usted agradecer la información. Hasta entonces, le saluda.

»Oliver H. Dantry».

En la solapa del sobre también estaba aquel nombre: Oliver H. Dantry. Pero, además, el señor Dantry revelaba su profesión con unas letras recargadas, doradas y negras, debajo del nombre: anticuario. El mensaje había sido puesto en el Correo de Flamingo, Florida, hacía tres días. Había llegado al domicilio de Giles Demaree, en el 110 de Baton Street, Nueva Orleáns, un día después. Y entonces, la carta había sido abierta antes por los visitantes de señor Demaree que por éste. Lo cual había indignado mucho al señor Demaree cuando se dio cuenta, al ir a abrir el sobre, de que había sido despegada la solapa, se había roto en un par de puntos... y luego había sido vuelta a pegar, con notable habilidad. Pero no tanta que él no lo hubiese notado.

Howard dio la vuelta al sobre y examinó los bordes de la solapa. Podía ser cierto y podía no serlo. Pero aquello sería difícil incluso para los Laboratorios. Claro que quizá hubiesen huellas de Ernest Raysdale, en cuyo caso habría que conseguir las de éste para compararlas.

El inspector federal dejó la carta y el sobre, alzó el periódico y leyó el anuncio que había indignado definitivamente a Giles Demaree, al comprender que Ernest Raysdale, no contento con

haber violado su correspondencia, se disponía a salir también hacia Whitewater Bay, en Los Everglades, al sur de La Florida. Según acusaba Demaree, Ernest Raysdale tenía un yate llamado «The Thunder». Y este era el anuncio:

HOMBRES-RANA. Se solicitan para trabajo de dos o tres semanas en el sur de Florida. Sueldo excelente y recompensas. Inútil presentarse si no poseen gran experiencia y capacidad de trabajo. Presentarse con urgencia en yate «The Thunder».

—Bien... —suspiró Howard—. Parece evidente que el señor Ernest Raysdale leyó la carta que había recibido el señor Demaree, y que está dispuesto a ir también a Whitewater Bay en busca de esos objetos antiguos.

—Lo cual molesta mucho al señor Demaree.

—Es natural. Los anticuarios, a su modo, son deportistas... Dos tipos fuertes se rompen la nariz en el «ring» por tal o cuál campeonato. Ellos no se rompen la nariz, pero se dejan los dólares, y si es necesario parte de su pellejo, con tal de conseguir un objeto, un... trofeo que el otro no tenga. Competición cultural, en cierto modo.

—Por tanto. Demaree como Raysdale son millonarios... ¿Por qué han de pelearse por unas vasijas viejas o cosas así? ¿Vale la pena?

—No sé. Es como el hecho innegable de que hay quien ha pagado cien mil dólares por un viejo sello de Correos. Todo es relativo siempre. Para nosotros, aquel sello valía cinco centavos... O nada, porque ni siquiera podíamos ya utilizarlo en nuestra correspondencia. Pero para un filatélico la cosa cambia mucho...

—Otro detalle —apuntó el agente Melfort— es que Raysdale y Demaree son buenos amigos. Todo el mundo lo sabe. ¿Por qué denunciar a su amigo, entonces?

Bart lo miró como sorprendido.

—Hombre, Melfort... Es natural. El señor Demaree invita a Raysdale y a su esposa a cenar, en su quinta. Resulta que Raysdale llega antes que el propio Demaree, que ha tenido un asunto urgente en la ciudad. Y como el señor Raysdale ve la carta, y detrás la palabra «anticuario», abre la carta que esperaba sobre la bandeja a su destinatario, se entera de todo, y está preparando su yate para

zarpar. A mí me irritaría mucho que un buen amigo mío me hiciera semejante cochinada.

—Claro... De todos modos, éste es un caso un poco tonto, porque carecemos de buena base... Qué demonios, no vamos a encargarnos dos hombres como dos castillos a enterarnos de si un señor ha abierto la carta de otro.

—Es un delito federal —sonrió Howard.

—Sí, señor; pero... ¡Cuidado!

La puerta se había abierto, y Melfort había lanzado la exclamación al ver al visitante, que quedó como clavado en el umbral, aparentemente asustado. Parpadeó con fuerza y miró a Howard, intentando sonreír.

—Buenos días, señor. Venía a decirle que el asunto de los libros de Gatlin está terminado, y... ¡Ay!

Había cerrado la puerta mientras hablaba, sujetándola cuidadosamente para no golpear con fuerza, como otras veces. Pero la sostuvo demasiado tiempo, y se pilló los dedos contra el marco. Después del ¡ay!, que no pudo contener, se quedó mirando a Howard, que señaló un sillón en un rincón, lejos de la mesa.

—Hazme un favor, Vinton: siéntate allá, estate quieto, y dime lo que tengas que decirme.

—Es inútil, señor —rió Bart—. Le apuesto algo a que le rompe cualquier cosa: el sillón, una pared, un cuadro, el suelo... Vinton es un gafe, y no puede remediarlo... ¿No es cierto, Vinton?

Vinton Shark miró hoscamente a su compañero, se dirigió hacia el sillón señalado por Howard y se dejó caer en él, justo cuando el jefe de la Delegación se ponía en pie, abría la boca, desorbitaba los ojos...

Se oyó un crujido bajo el cuerpo de Vinton Shark, que quedó pálido e inmóvil. Howard cerró los ojos, como si acabase de recibir una pésima noticia dolorosa. Los agentes Bart y Melfort se quedaron mirando incrédulos a Vinton Shark.

Éste, tras unos segundos de inmovilidad absoluta, se levantó, lentamente; se volvió hacia el asiento, vio el pequeño paquete allí y lo alzó con una mano, agitándolo suavemente y acercándolo asustado a una oreja.

—Parece..., parece que algo se ha roto, señor —musitó.

Se acercó a la mesa y tendió el paquete a Howard, que sonrió

agriamente.

—No importa... —susurró—. Se trata solamente de tres piezas que mi hijo menor me pidió para su juego de física recreativa... La culpa es mía: no debí dejarlo en ese sillón. Ni en ninguno.

—Como usted me dijo que me sentase allí...

—Lo dije. Es cierto.

—Pero tú —rió contenidamente Bart— debiste ver el paquete, ¿no, Vinton?

—Lo..., lo siento... Señor, yo le pagaré lo que...

El paquete escapó de su mano antes de que Howard lo tomara. Cayó sobre la estilográfica del inspector-jefe y la hizo saltar hacia el suelo. Tres gotitas azul-negras aparecieron en la blanca camisa de Howard. El papel se rompió, y unos cuantos cristales se esparcieron por la mesa...

Vinton Shark volvió a palidecer. Medía seis pies y dos pulgadas, era flaco, huesudo y musculoso, y sus manos eran muy grandes. La cara parecía un pedazo de piedra grabada a martillazos mal dirigidos. Pero sus ojos eran inteligentes, simpáticos, azules hasta lo increíble.

Howard, Melfort y Bart quedaron inmóviles, de nuevo incrédulos. Vinton se pasó la lengua por los labios, se sacó el pañuelo, acercándolo a las manchitas de tinta de su jefe..., y un bolígrafo salió con el pañuelo, cayendo en el cenicero y haciendo saltar parte de la ceniza...

—Vinton —susurró Howard—, por Dios te lo suplico... ¡No te muevas más! ¡Estate quieto!

—Sí, señor.

Howard asintió con la cabeza. Recogió los cristales, dejó el paquete en un extremo de la mesa, sopló la ceniza, le colocó el pañuelo a Vinton en el bolsillo superior de la americana y luego hizo lo mismo con el bolígrafo.

—Bien... ¿Acabaste el asunto Gatlin?

—Sí... Sí, señor. Todo está bien. Los libros perfectos...

—Magnífico. Es mejor así. Ahora, Vinton, voy a pedirte un favor.

—Sí, señor, lo que usted quiera...

—Gracias. Ve abajo, a la cafetería, y te estás allí media hora.

—Sí, señor. ¿Y luego?

Howard hizo un gesto de desamparo.

—Luego subes. Estaré mejor preparado que ahora, espero. Hasta luego.

Vinton Shark se movió, lentamente, hasta quedar encarado a la puerta. Caminó hacia ella, mirando de reojo a sus compañeros Bart y Melfort. Abrió, salió, cerró cuidadosamente...

Howard dejó escapar un profundo suspiro.

—Santo Dios... Y este muchacho obtuvo el número dos de su promoción... ¿Cómo pudo arreglárselas?

Melfort frunció el ceño.

—Vinton es un gran muchacho, señor. Y muy inteligente. Es capaz de dar un brazo por un amigo...

—Pero es un gafe —sentenció Bart—. No irás a negarme eso, ¿eh? Allá donde él pone el pie o la mano, cataclismo seguro. Hace un par de semanas, lo invité a cenar en casa. Se presentó con un hermoso ramo de flores para Susan y una avioneta para Bobby. Bueno, a los diez minutos pisó la avioneta. La dejó hecha una plancha de hojalata...

La puerta del antedespacho se abrió y Jackie entró con unos papeles mecanografiados.

—Listo, señor.

—Gracias, Jackie. Llama al señor Demaree, Bart. Puedes retirarte, Jackie.

Éste se fue, y Bart abrió la puerta del cuarto de espera. Giles Demaree salió, fruncido el ceño, y se sentó en el sitio de antes cuando, Howard le señaló el sillón.

—Hemos redactado la declaración, señor Demaree. En ella consta claramente que usted denuncia al señor Ernest Raysdale por el delito de violación de correspondencia. ¿Quiere usted firmarla?

—¿Lo retendrán en Nueva Orleans?

—No podemos saberlo... Con esta declaración, procederemos a investigar el asunto. Pero comprenda que sin una prueba concreta, de buena base, no podemos impedir que el señor Raysdale se haga a la mar. Es su yate, su dinero, y su mar patrio. No obstante, haremos todo lo posible, dentro de la discreción habitual del

F. B. I.,

para probar que el señor Raysdale ha cometido un delito federal.

—¿Cuánto tardarán en demostrar eso?

—Imposible saberlo, señor Demaree. Pero le aseguro que el F. B. I.

no tiene por norma perder el tiempo.

—Está bien —gruñó Demaree—. Voy a firmar. ¡Ya lo creo que voy a firmar! ¡Yo le enseñaré a ese viejo granuja a ser más honesto...! ¿Dónde he de firmar?

Howard se resignó. Fue mostrando las copias a Demaree, y éste las firmó, rabiosamente.

—Ya está todo, señor Demaree. Le avisaremos en cuanto sepamos algo.

—Está bien... Gracias. Buenos días, señores.

Los tres federales quedaron en el despacho del jefe, mirándose. Howard cogió el sobre y la carta con unas pinzas y lo metió todo en otro sobre, que entregó a Melfort.

—Llévalo al Laboratorio, a ver si encontramos huellas para proceder luego a las comparaciones.

Melfort subió veinte minutos después. Dejó el sobre en la mesa de su jefe, moviendo negativamente la cabeza.

—Hay algunas huellas, desde luego, pero confusas, medio borradas, enredadas... No sirven, señor.

—Qué demonios... —masculló Bart—. Éste es un asunto tonto. No vamos a estar danzando todos porque dos chiflados quieran poseer unos jarrones o cosas llenas de conchas de galápagos... En el F. B. I.

tenemos cosas más importantes que hacer.

—Todo es importante, Bart —musitó Howard—. Y el señor Demaree es un ciudadano que tiene derecho a pedir justicia. Y nosotros somos los encargados de atender parte de esa justicia. Se me está ocurriendo que una buena idea sería enviar a ese yate de Raysdale a uno de vosotros...

—¿Para interrogarlo?

—No... Ved el anuncio del periódico. El señor Raysdale solicita «hombres-rana», ¿no es así? Y, según parece, recibirá a los que quieran aceptar el trabajo en su yate «The Thunder»...

—¿Tenemos que ir allá y contratarnos de «hombre-rana»?

—¿Te parece mala la idea?

—No, señor... Pero es una lata. Ese hombre quiere nadadores

experimentados, de gran resistencia, gran capacidad de trabajo... Y no es por trabajar o no, señor. Pero creo que colocar en ese yate a un agente es perder el tiempo en algo que apenas tiene importancia...

—Todo tiene importancia —frunció el ceño Howard—. De modo que tú o Melfort vais a ir allá. Estáis libres, y por tanto os ocuparéis de ello. ¿Cuál de los dos se ofrece voluntario?

Melfort sacó una moneda.

—¿Cara o cruz, Bart?

—Cara.

Melfort tiró la moneda, la recogió..., y antes de destaparla la puerta se abrió, y Vinton Shark apareció en el umbral.

—Ya ha pasado la media hora, señor.

Howard y los otros dos

«G-man»

se miraron rápidamente; Melfort se guardó la moneda y sonrió amablemente.

—Hombre, Vinton... ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

—¿Sabes bucear? —preguntó Bart.

Shark cerró la puerta, sin contratiempos esta vez. Refunfuñó algo referente a sus amigos y se acercó con todo cuidado a la mesa de su jefe.

—¿Ha pensado algo para mí, señor?

—Bart te ha hecho una pregunta, Vinton: contéstala.

—Claro que sé nadar.

—¿Bien? Oh, te pregunto si serías capaz de desenvolverte bien bajo el agua con dos tubos de aire a la espalda...

—Desde luego, señor.

—Magnífico... —sonrió Howard—. Magnífico, Vinton.

II

NATALIE Raysdale tenía veintidós años, unas piernas deliciosas, una cinturita esbeltísima y un busto menudo y airoso. Los ojos azules, los cabellos rubios y la boquita sonrosada, con una graciosa ondulación infantil en el centro del labio superior. Un jersey a rayas rojas y blancas y unos «*shorts*» blancos la convertían en una muñequita sentada en la borda del blanquísimo yate «The Thunder».

Y allá estaba, sentada en la borda, fumando un cigarrillo, cuando el viejo automóvil se detuvo en el muelle, muy cerca del yate. A falta de cosa mejor que hacer, Natalie se dedicó a mirar hacia el coche. Y su boquita se abrió en gesto de asombro cuando el ocupante se apeó.

Era el tipo más alto que había visto en muchísimo tiempo. Además, era flaco, huesudo, y tenía la cara fea, como de roca, muy angulosa. Aquel hombre sacó una bolsa de lona del coche, se la echó en un hombro y se acercó al yate, mirando el nombre de éste en la proa. Asintió con la cabeza, y luego la alzó...

—Hola —sonrió Natalie—. ¿Busca a alguien?

El huesudo y musculoso individuo pareció atragantarse. Estuvo unos segundos como anonadado, casi angustiado. Luego, volvió a mover afirmativamente la cabeza. Con una mano enorme señaló hacia el nombre del yate.

—Leí en el «New Orleans Daily» que..., que necesitan gente que sepa nadar bien...

—Suba.

—Gracias.

El patilargo fue a la pasarela, la subió, abordó el yate y se acercó a Natalie, que había vuelto las piernas hacia la cubierta, pero

continuaba sentada en la borda. Se quedó mirando amablemente al tipo de los pantalones blancos, jersey a rayas azules y blancas horizontales y una sucia gorra de visera. Un chaquetón color verde mar colgaba de su hombro, con el saco de lona. Natalie pensó que aquel hombre tenía unos ojos muy agradables, simpáticos e inteligentes.

—¿Le interesa el empleo?

—Sí, señorita. Me llamo Vinton Shark, y creo que podría serles de utilidad. Soy un buceador con experiencia, y no tengo miedo al exceso de trabajo.

—Sólo será por dos o tres semanas, recuerde.

—Me parece bien, porque dentro de un mes tengo otro compromiso en Miami Beach.

—¿Es usted buceador profesional, señor Shark?

—Sí, sí... Desde luego.

—Eso le encantará a papá. Ha venido antes otro hombre, pero no parece demasiado experto... Aquella es la puerta que lleva al «*living*», y me parece que papá está allí. ¿Quiere que le acompañe?

—No..., no se moleste, no...

—No es molestia, señor Shark.

—Es usted muy amable... De veras: muy amable. Pero iré solo, no se moleste...

Natalie sonrió, y estuvo unos segundos mirando con simpática sorpresa los inteligentes ojos azules del buceador.

—Como quiera —dijo al fin—. Ah, llame antes de entrar. Papá está todavía poco menos que en luna de miel.

—¿En..., en...?

—No con mi madre, desde luego —se echó a reír—. Quedó viudo y se ha vuelto a casar, eso es todo.

—Ah... Bien... ¿Aquella puerta? —señaló, con un dedo enorme.

—Aquella puerta.

—Gracias...

—Puede dejar sus cosas aquí, si quiere. Vigilaré que nadie se las robe.

Natalie parecía a punto de echarse a reír. Shark se sonrojó un poco, y dejó su bolsa y el chaquetón en la cubierta, junto a las piernas de la muchacha; las miró un instante, por fin, y le pareció que la cabeza le daba vueltas. Cuando se incorporó, estaba de

espaldas a la muchacha y movió la cabeza a ambos lados, sobresaltado...

—Detrás de usted, señor Shark.

El

«G-man»

se volvió y tragó saliva.

—Creo..., creo que me he desorientado un poco...

—Eso parece. Esperemos que no le ocurra lo mismo bajo el agua. Sería peligroso para usted que apareciese sin darse cuenta en el Mar de los Sargazos.

Vinton Shark rumió un par de segundos aquellas palabras. Eran una broma, claro. Entonces, sonrió un poco, para, de pronto, hacerlo con toda la boca, anchamente, espontáneamente.

—Es usted muy simpática, señorita...

—Raysdale. Natalie Raysdale, señor Shark. Espero que papá le acepte, porque presiento que usted también es simpático.

Vinton Shark parpadeó.

—Muy..., muy amable... —repitió —de su parte, señorita Raysdale. Sí, es posible que su padre me acepte, porque conozco mi oficio. Pero me despedirá pronto.

—¿Despedirlo? ¿Por qué?

—Porque soy un gafe.

—¿Un qué? —se asombró Natalie.

—Un gafe... Ya sabe; un cenizo. Una de esas personas que traen mala suerte, que todo lo estropean...

—¿Está hablando en serio, señor Shark?

—Absolutamente.

—No puedo creerlo. Ni usted tampoco. Parece inteligente, y apuesto algo a que es una persona bastante culta. Por tanto, no puede usted creer esas tonterías.

—Le aseguro que no son tonterías... Mire, le pondré un ejemplo. Supongamos que usted, ahora, quiere bajar de la borda, y me dice que la ayude. Me da la mano, yo alargo la mía..., y en lugar de ayudarla, sé que iría usted a parar al agua. No sé cómo, pero le aseguro que ocurriría eso.

Natalie estuvo un instante estupefacta, incrédula. Luego, se echó a reír, tiró el cigarrillo al agua y tendió sus dos manitas al agente del

F. B. I.

—Ayúdeme a saltar por la borda, señor Shark.

Vinton retrocedió un paso.

—No, no...

—Vamos, no sea bromista. Ya ha demostrado que es usted simpático, y que tiene una conversación divertida. Ahora, ayúdeme. Y puesto que va a trabajar para mí —sonrió—, se lo ordeno.

—Usted..., usted lo ha querido...

El

«G-man»

tendió una de sus manazas, con todo cuidado. Natalie apoyó en ella las dos suyas, saltó a cubierta y quedó delante del sorprendido Vinton Shark. Ella era más alta de lo que parecía, y una vez en pie, su frente quedó a la altura de la boca del federal. Los bonitos ojos azules se entornaron burlonamente.

—Y ahora, señor Shark, puede ir a ver a papá. Dígale que llega recomendado.

—¿Re... comendado? ¿Por quién?

—¡Por mí! —rió Natalie—. No estaba muy decidida a hacer este tonto viaje, pero ya que contaré con su simpática presencia, acabo de decidirme. Iré a..., a ese lugar. Y ahora, ya que he tenido que tirar mi cigarrillo al agua para demostrarle que usted no es gafe, deme usted uno de los suyos.

—Sí... ¡Sí, con gusto!

Normalmente, Vinton Shark se habría vuelto loco buscando en los bolsillos el paquete de cigarrillos que llevaba en el chaquetón. En esta ocasión, alzó el chaquetón, sacó el paquete de cigarrillos, sacó uno sin que le cayeran dos o tres, y lo tendió a la muchacha.

—¿Fuego, por favor?

—¡Eso sí que no! —exclamó Vinton—. ¡Le quemaría la nariz!

Natalie rió aún más que antes y exigió graciosamente fuego con un gesto. Vinton pareció resignado. Sacó el encendedor, lo accionó, aplicó la llamita a la punta del cigarrillo, lo apagó, lo guardó en el bolsillo de nuevo...

—Ca... ray. Nadie creería esto si usted lo cuenta, señorita Raysdale.

Ella le dio un golpecito en una de las manazas, todavía riendo.

—Vaya a ver a papá. Le espero por aquí, señor Shark.

—¿Me..., me espera? ¿Para qué?

—Para nada. Por el simple gusto de estar con usted.

—Je... Je, je —rió nerviosamente Vinton—. ¡La suya sí que es una broma divertida!

—¿Por qué se lo parece?

El

«G-man»

frunció el ceño. De pronto, soltó un gruñido.

—No me gusta que se burlen de mí —farfulló.

Dio media vuelta, dispuesto a dirigirse hacia la puerta de cubierta señalada por la muchacha... También dio un paso. Entonces, un pie se metió en su chaquetón, el otro golpeó la bolsa de lona, los largos brazos empezaron a girar en un intento de mantener el equilibrio... El largo cuerpo huesudo golpeó con fuerza en la cubierta, quedando el

«G-man»

sentado, cerrados los ojos y torcida la boca hacia un lado, como si eso fuese suficiente para aliviar el dolor que sintió en la mitad trasera de su cuerpo.

Natalie dejó de reír al instante y se acercó presurosa a él, tendiéndole una manita.

—¿Se ha hecho daño, señor Shark? Espero que...

Vinton se puso en pie, rápidamente, ignorando la mano de la muchacha.

—No me he hecho nada —masculló—. Adiós.

Caminó a largas zancadas hacia la puerta indicada. El yate era bastante grande, con una sobrecubierta en la cual se veían unos cuantos parasoles. Seguramente, habría allí mesitas y algún balancín, aparte de lo que podía ser utilizado como solario... Una sobrecubierta lo bastante grande para servir de techo a no menos de una docena de camarotes. Hacia la popa, la sobrecubierta se cortaba y quedaba otra más pequeña y más baja, debajo de la cual debía estar la cocina, seguramente.

Vinton Shark llamó con los nudillos, temiendo que los grandes huesos fuesen a taladrar la puerta. Pero no sucedió... Habría sido demasiado. Una voz de hombre le autorizó a entrar. Abrió, dio un paso hacia dentro y se quedó allí, un poco fascinado por el bonito «*living-yacht*». En el sofá de líneas rectas había un hombre, y junto

a él una mujer...

El hombre perdió toda importancia, porque la mujer, de unos treinta años, era magnífica, de grandes ojos verdes y cabellos pelirrojos. También llevaba un jersey y unos «shorts», y Vinton pensó que eso debía estar prohibido, porque...

—Usted dirá —oyó de nuevo la vez del hombre.

Entonces, lo miró. Debía tener unos cincuenta años, y era muy agradable, con esas clásicas canas en las sienes, rostro bronceado, ojos claros. Llevaba pantalones blancos, camisa color café y un pañuelo al cuello. Elegante y serio.

—Buenas tardes... Una chica... Emmm... La señorita Raysdale me ha indicado que esta puerta...

—¿Viene por lo del anuncio?

—Sí... Sí, señor, eso.

—Espero que lo haya leído bien, señor...

—Vinton Shark. Sí, sí, lo he leído bien... Claro.

—Me refiero a que si no tiene experiencia será mejor que lo diga ahora, y así los dos nos ahorraremos una pérdida de tiempo, señor Shark.

—Soy un profesional, señor.

—Magnífico. ¿Tiene equipo, entonces?

—Sí, señor. Completo.

—Mejor todavía. Serán cien dólares diarios, y, naturalmente, gastos cubiertos. Al finalizar la... expedición, si he quedado contento de su trabajo recibirá una recompensa, aparte del sueldo. ¿Le parece bien?

—Sí, señor. Mmm... Espero que esto no dure más de tres semanas, señor Raysdale, porqué dentro de un mes tengo otro compromiso en Miami.

—No creo que dure más de ese tiempo. Pero si así fuese, llegaríamos a un acuerdo. No se preocupe por nada.

—Bien... ¿Puedo saber adónde vamos y qué hay que hacer exactamente, señor Raysdale?

—Lo sabrá cuando hayamos zarpado, si no le molesta.

—Pues... No, desde luego. ¿Cuándo salimos?

—Esta noche. Vino antes otro buceador, y ya está contratado... Es decir, saldremos esta noche si encontramos un piloto para el yate. Ha surgido un contratiempo.

—No comprendo...

—Tengo cuatro hombres de tripulación, señor Shark, pero todos estaban de permiso. Requerí la presencia del cocinero y del piloto, pero solamente he podido localizar al cocinero. Y quiero salir cuanto antes... ¿No conoce usted a alguien que sepa gobernar el yate? No puedo hacerlo todo yo solo.

—Conozco a uno, sí, señor.

—¡Estupendo! Vaya a buscarlo. Dígale que le pagaré bien.

—Sí, señor. —Vinton dio media vuelta, un par de pasos, y se volvió de nuevo hacia los Raysdale, parpadeando—. Oh... Esto... Bueno, el hombre que conozco soy yo, señor.

—¿Usted? —se asombró Raysdale.

—Sí, sí... Bueno, quiero decir que puedo ayudarle en eso, si le parece bien...

—Ya sois tres, querido —dijo la pelirroja—. Tú hija, tú y el señor Shark sois suficientes para un viaje tan corto.

Ernest Raysdale asintió con la cabeza.

—Creo que sí... Oh, señor Shark, ella es la señora Raysdale. Al igual que mi hija, nos acompañará en el viaje.

—Es un placer, señora...

—Naturalmente —sonrió la pelirroja—, usted cobrará un extra por su trabajo de piloto, señor Shark. No queremos abusar de nadie.

—Me parece estupendo. Muchas gracias, señora.

—Todo arreglado, pues —suspiró Raysdale—. Partiremos esta noche, a las...

—No creo que corra tanta prisa, querido —dijo ella.

—Mira, Judith, tú sabes que Giles también está contratando gente, y que el tiempo...

—Por mucho que él corra, no correrá más que nosotros.

—Si sale esta noche...

—Si él sale esta noche, y nosotros salimos mañana al amanecer, será lo mismo. Hay veinte horas de viaje hasta allá. Si él sale esta noche, llegará mañana casi a la noche, y no podrá hacer nada hasta el día siguiente..., que es cuando llegaremos nosotros si salimos mañana temprano. Y él habrá pasado dos noches en el mar y nosotros sólo una.

—Bueno... —sonrió Raysdale—. ¿Quién dijo que las mujeres no entienden de estrategia? Está bien, señor Shark: partiremos mañana

al amanecer. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—¿Tiene alojamiento en Nueva Orleáns? Lo digo por si prefiere quedarse ya en el yate. Su compañero así lo hará, y Adams, nuestro cocinero... Nosotros vendremos lo más temprano posible, de casa.

—Pues... Si no le importa, señor Raysdale, pasaré la noche en tierra.

—A su gusto... —Le tendió la mano—. Espero que seremos buenos amigos, señor Shark.

Vinton se acercó, tendiendo también su mano. Pero debió vigilar sus rodillas, una de las cuales dio contra el borde de la mesita donde estaban los vasos con *whisky* y soda, el recipiente con «*rocks*», los cigarrillos, unos lentes de sol...

El cataclismo.

Judith Raysdale emitió un gritito cuando parte del agua de los «*rocks*» fue a parar a sus estupendas piernas. Ernest Raysdale tuvo peor suerte: su vaso de *whisky* cayó sobre los blancos pantalones...

Vinton se quedó pálido, petrificado.

—Lo..., lo siento —tartamudeó—. Recogeré...

—Déjelo —sonrió cortésmente Raysdale—: Adams lo limpiará todo.

—Lo siento de veras, señor Raysdale.

—No tiene importancia. Un accidente que puede ocurrirle a cualquiera. Hasta mañana, señor Shark.

De nuevo le tendió la mano. Esta vez no hubo contratiempos. Ni tampoco los hubo cuando Vinton se inclinó sobre la mano de Judith Raysdale, que lo miraba con una sonrisa divertida.

Vinton Shark salió a la cubierta, pensando que era una suerte que Ernest Raysdale considerase aquello como un «Accidente que podía ocurrirle a cualquiera». Si se enteraba de que era un gafe, estaba listo... Había sido un estúpido al decírselo a la muchacha, pues si ella lo mencionaba, no le querrían a bordo, y no podría cumplir su misión: vigilar estrechamente a los Raysdale, y obtener pruebas de que él había cometido el delito de violación de correspondencia. De un modo u otro, Vinton estaba seguro de que conseguiría esas pruebas. La cinta magnetofónica no era aceptada como prueba concluyente en un juicio, pero quizá hubiese otro medio de demostrarlo... Ernest Raysdale podía tener un descuido, y

él lo aprovecharía. Eso, aparte de que siempre tendría a punto el magnetófono de bolsillo, claro...

—Señor Shark, se olvida...

Vinton se volvió, sobresaltado, ya junto a la pasarela. Natalie Raysdale también respingó, debido a la brusquedad de su gesto. Adelantó con un piececito la bolsa de lona y el chaquetón del «G-man».

—Se olvida de sus cosas, señor Shark.

—Oh, sí... Perdona, iba distraído...

—¿No le han aceptado?

—Oh, sí, sí...

—Menos mal. Ya me había hecho a la idea de que usted nos acompañase. ¿Se va ahora? Si le han aceptado...

—Saldremos mañana por la mañana, señorita Raysdale. Y su padre no ha tenido inconveniente en que yo pase la noche en tierra.

—Espero que se divierta.

—¿Divertirme?

—Pues sí... ¿Le parece mal?

—Mmm... No. No, no... Es que yo nunca me divierto...

—¿Por qué? —se asombró la muchacha.

—Bueno... No sé cómo hacerlo...

Natalie se quedó mirándolo atónita.

—Pero ¡señor Shark, eso no puede decirlo un hombre como usted!

—¿Un..., un hombre como..., como yo? ¿Qué quiere decir?

—Un hombre tan alto, tan apuesto y simpático, tan atractivo... ¡No me diga que las chicas no se pelean por salir con usted!

Vinton Shark refunfuñó algo, se inclinó, recogió sus cosas y se incorporó rabiosamente.

—Si continúa burlándose de mí, dej...

Otro pequeño cataclismo. Su cabeza dio en un codo de Natalie, y ésta salió despedida fuertemente hacia atrás, tambaleándose. Consiguió mantener el equilibrio y, tres o cuatro pasos más allá, se quedó mirando casi asustada al

«G-man».

—Lo siento —rezongó éste.

Se echó al hombro sus cosas y abandonó el yate.

Natalie se acercó a la borda y lo vio entrar en el viejo coche.

¿Sería verdad que aquel tipo tan simpático era un gafe? Tonterías... Tonterías auténticas. Estaba segura de que Vinton Shark no podía ser un cenizo... Sólo había que encontrar el truco.

—Un buen truco el de enviar a Vinton allá durante dos o tres semanas —dijo Bart—. Nosotros descansaremos, el
F. B. I.

cumple su cometido, y él tiene su trabajo que hacer. Durante quince días, estaremos libres del gafe. Y es lástima, porque es un gran muchacho, señor.

—Eso es lo que no entiendo —musitó el inspector Howard—. ¿Has visto su ficha, Bart? Tuvo el número dos de su promoción, está considerado como muy inteligente, hábil y tenaz...

—¿Hábil? —sonrió Melfort.

—Eso dice aquí. Estudió en Harvard, era el mejor deportista de esa Universidad... En la Academia Regional del
F. B. I.

obtuvo las máximas puntuaciones en el manejo de todas las armas que le pusieron delante, en radio y televisión, en sistemas de claves, en judo, karate, *jiu-jitsu*, idiomas... Habla cuatro: francés, español y portugués... Aparte del nuestro, claro; cuatro en total. Es..., es uno de esos agentes que parecerían destinados a ser fenómenos dentro del

F. B. I.

No lo entiendo.

—Ni yo —gruñó Bart—. Y le aseguro que lo siento, señor. He conocido pocos amigos como Vinton. Y es listo, de veras. Pero... ¡Cuidado!

Se abrió la puerta, y Vinton Shark quedó en ella, con el ceño fruncido, mirando hoscamente a Bart. Luego, miró a Howard.

—Ya lo hice, señor.

—¿Te han contratado?

—Sí, señor. Salimos mañana al amanecer.

—Bien... Tienes todo el equipo esperándote en Material. Dentro de uno de los tubos de aire de las dos parejas, hay...

—Ya veré yo eso, señor. Quería decirle...

—Pasa, hombre.

—No quiero romper nada. Quería decirle, señor, que he estado

reflexionando sobre este asunto.

—Ah... ¿Y bien?

—Creo que es poco importante.

Howard enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que es poco importante en sí..., o poco importante para ti, Vinton? —Gruñó.

Vinton Shark enrojeció violentamente.

—Si no tiene nada más que mandar, señor, me despido. Saldré muy temprano, y quisiera acostarme lo más pronto posible.

—Buena suerte, Vinton.

—Gracias.

III

C ON las últimas estrellas todavía en el cielo, Vinton Shark llegó al muelle. Detuvo el coche en el «*parking*», miró hacia el yate y encogió los hombros. Luego, empezó a sacar las cosas que le habían facilitado en Material de la Delegación: dos parejas de tubos de aire, un traje de goma, de color negro, dos pares de aletas, cuchillo, fusil acuático con algunos arpones, brújula-reloj submarina, cinturones con plomos... Todo lo necesario para que cualquiera pudiera pasar por un buceador profesional.

Cargó con los dos equipos de tubos de aire y el traje y fue hacia el yate. La pasarela no estaba, pero junto a la borda había un hombre, fumando, que agitó una mano.

—Hola... ¿Eres Vinton Shark?

—Sí.

—Un momento.

Le puso la pasarela, y Vinton subió. Aquel hombre le llegaba apenas por la barbilla, pero tenía los hombros muy anchos, el pecho poderoso, las manos fuertes. Llevaba «*shorts*» color crema y camisa negra, de cuello abierto. Iba descalzo. Le ayudó a descargar sus cosas y le tendió la mano.

—Mac Stone —se presentó—: soy el otro «rana».

—Encantado.

—Demonios..., demonios... ¡Qué alto eres, muchacho! ¿Sabes una cosa?: siempre he oído decir que los tipos muy altos son unos manazas. Ven: te enseñaré tu camarote. Éste es un buen yate... ¿Adónde vas con todo eso?

Vinton lo miró un poco hoscamente.

—A mi camarote, ¿no?

—Puedes dejarlo bajo la toldilla, con lo mío. Aunque llueva no

se estropeará.

—Prefiero dejarlo en mi camarote.

—Pues muy bien.

El camarote del

«G-man»

estaba en el lado de estribor. Mac Stone señaló la puerta siguiente.

—Ése es el mío, por si tienes pesadillas y necesitas ayuda —se echó a reír—. Una vez me pasó con otro chico, que soñaba cada noche con Elizabeth Taylor.

—¿Y eso es una pesadilla? —Gruñó Vinton.

—Es que ella lo estrangulaba, hombre. Cada noche, cada noche...

Volvió a reír. Vinton sonrió un poco y entró en su camarote. Era de dos literas. Había un armario, dos sillones, una mesita, un pequeño televisor...

—No falta de nada, chico —dijo Stone—. Y pagan bien. ¿Tú sabes adónde vamos y qué tenemos que buscar en el mar?

—No. Iré a por las demás cosas.

—Te ayudaré.

Entre los dos acabaron de subir el resto del equipo. Cuando ya estaba todo en el camarote, Vinton fue a abrir el «ojo de buey», y de pasada, como quien no quiere la cosa, propinó a Mac Stone tal pisotón que éste se quedó sin fuerzas siquiera para alzar el pie, o gemir, o lanzar cualquier exclamación. Sólo después de unos segundos, musitó:

—Demonios, demonios... ¿Cuánto pesas?

—No sé. ¿Estamos solos en el yate? Bueno, perdona que...

—Nada, hombre. Eso le pasa a cualquiera... No estamos solos, no. Está ese tipo gordito y glotón llamado Adams. Es el cocinero. Mastica como una fiera. Cenamos juntos anoche, aquí... Y me pregunto si en este yate caben las suficientes provisiones para calmar el apetito de ese tiburón con barriga. Ya lo conocerás... ¿Quieres un cigarrillo?

—Bueno.

Encendió el cigarrillo sin contratiempos. Luego, subieron a cubierta. Mac Stone no paraba de charlar ni un segundo, y el

«G-man»

se dijo que tendría más de una jaqueca en aquella insignificante

misión...

Veinte minutos más tarde, un coche imponente, de la casa «Ford», se detuvo junto al del agente del

F. B. I.

La primera persona en apearse fue Natalie Raysdale, que llevaba unos bonitos pantalones largos, de color azul celeste, y un jersey blanco, de cuello alto. Y una gorrita muy graciosa... ¿O la graciosa era ella, Natalie?

—Bueno, hombre, vamos a ayudar a los patrones. Seguro que esas dos mujeres se traen media casa en un montón de maletas.

No era cierto. El equipaje era más bien abundante, desde luego, pero no en exceso. Los dos buceadores saludaron a los Raysdale, que agradecieron su gesto de bajar a por el equipaje. Vinton se cargó de maletas por todas partes, quedando convertido en una montaña de rectángulos de piel de varios colores.

Natalia se colocó a su lado, camino de la pasarela.

—Apuesto algo, señor Shark, a que no se le cae ni una sola maleta.

El

«G-man»

consiguió verla por entre dos maletas.

—No esté tan segura.

—¿Apuesta un dólar?

—Bueno.

A Vinton Shark no se le cayó ni una sola maleta. Las dejó en el «*living-yacht*», que, naturalmente, comunicaba por dentro con los camarotes por medio de un pasillo.

—¿Le importa sacar el yate del muelle, señor Shark? —pidió Raysdale—. Ayudaré a las mujeres a llevar sus cosas al camarote.

—Sí, señor. ¿Rumbo?

—Oh, hacia Flamingo, en Florida... Cuando quiera descansar, sólo tiene que avisarme.

—Así lo haré.

Salió a cubierta, seguido de Mac Stone, que empezó a charlar de mil cosas diferentes. Vinton tenía la impresión de que las decía todas a la vez, y se dijo que si no ponía remedio iba a tener pronto el primer espantoso dolor de cabeza. De modo que cerró sus oídos a la verborrea agilísima de Stone y se dedicó a mirar el cielo, que ya

estaba rojo, y en el cual quedaba solamente una estrella, que muy pronto desaparecería. También hacia el Este se veía rojo el mar, como si hubiese sido teñido. Un día magnífico. Se preguntó si valía la pena enviar a un agente especial del

F. B. I.

a la caza de un violador de correspondencia, en aquellas condiciones. La cosa podía haberse hecho de modo más simple...

—¿Me escuchas o no?

—¿Qué quieres? —Gruñó.

—Que voy a desayunar. ¿Vienes?

—No puedo dejar el volante.

—Trábalo.

—No.

—Pues hasta luego.

... De modo más simple, desde luego. Al fin y al cabo, Giles Demaree había hecho denuncia formal contra Ernest Raysdale. Claro que..., ¿cómo probar que Ernest Raysdale, con abuso de confianza y aprovechando la ausencia de Demaree, había abierto una carta dirigida a éste, dejada en la bandeja de correspondencia, en su despacho...?

—El dólar.

—¿Qué...?

—Que me debe un dólar, señor Shark.

Natalie Raysdale estaba allí. Había dejado junto a él una bandeja, y ahora tendía la manita derecha, exigente.

—¿Lo quiere ahora?

—Jugó y perdió. Pague, señor Shark.

Vinton encogió los hombros y dio el dólar a la muchacha. Ella sonrió y lo tiró por encima de su hombro, hacia el mar.

—Ahora, señor Shark, pida un deseo.

—¿Un deseo...?

—Pronto, pronto...

—Pues... No ser un gafe.

—Concedido —rió Natalie—. Y ahora, deme ese volante y desayune. Si está esperando que mi padre suba por propia iniciativa antes de las diez, está listo. Desayune. No llevaré el yate tan bien como usted, pero me las arreglaré.

Vinton se quedó mirando unos segundos a la muchacha. Luego,

en silencio, se apartó de los mandos, que ella tomó sin darle la menor importancia. Durante un par de minutos, el

«G-man»

se dedicó a desayunar, con auténtico apetito, fija la mirada en el mar.

De pronto, preguntó:

—¿Cree que se cumplirá mi deseo?

—Ya está cumplido. Si quiere, le apuesto otro dólar a que no rompe nada de lo que he subido: hay una taza con café, dos platos, el tarro de mermelada, el azucarero... ¿Va el dólar?

—Esta vez va a perder.

—Ganaré.

Diez minutos más tarde, Natalie volvía a tender su manita.

—El dólar.

Vinton se quedó mirando el contenido de la bandeja, todo intacto. Sacó el dólar, pagó, y señaló los mandos.

—Yo lleva...

—Déjeme. Me gusta.

—Ah... Bien, iré a llevar esto a la cocina, entonces.

Tomó la bandeja, colocándola sobre la palma de su mano derecha. Salió de la cabina entoldada, a cubierta libre, y se dirigió hacia la popa. Llegó a la cocina, entró, bajando una escalera de madera, y vio por primera vez al cocinero. Mac Stone estaba desayunando a dos carrillos, pasándolo estupendamente.

—Hey, Adams: este es Vinton.

Adams se volvió; era gordo, barrigón, calvito, pero parecía una buena persona. Llevaba un delantal blanco.

—Hola, Vinton.

—Hola, ¿qué tal? ¿Dónde dejo esto?

—En la pila. Pero ten cuidado. Los tipos tan fuertes como tú no sois precisamente delicados, y esas cosas... ¡Eh!

Natalie se volvió, sonriendo, pero frunció el ceño al ver el gesto de Vinton Shark y su enorme mano tendida hacia ella.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—El dólar. Lo ha perdido. Ha quedado todo hecho cisco.

Ella miró hacia la cocina, frunció un poquito más el ceño y al fin asintió con la cabeza. Le devolvió el dólar, y Vinton se quedó

mirándolo.

—Pida un deseo —dijo, tirando el dólar hacia el mar.

—Pues... Que este viaje dure mucho tiempo, señor Shark.

Y dejó los mandos y se fue.

Durante todo aquel día, Vinton Shark se dedicó a lo mismo que sus jefes: comer, dormir al sol, dar unos paseos por la cubierta... Sabía que la mirada de Natalie Raysdale le seguía casi siempre, y eso le ponía un poco nervioso, de modo que tuvo el buen sentido de no acercarse demasiado a nada que pudiera estropearse, y así, nada digno de lamentar ocurrió a bordo.

Ernest Raysdale no había dado contraorden, de modo que el rumbo se mantenía fijo hacia Flamingo, es decir, hacia la punta sur de Florida, antes de llegar a la cual encontrarían Whitewater Bay. El tiempo era espléndido y el mar estaba en calma. Algunas gaviotas pasaban de cuando en cuando por encima de ellos, moviendo apenas las alas de fuerte envergadura.

Mac Stone se había dado cuenta ya de que Vinton no era charlatán, y tuvo el amable gesto de disminuir su charla en un setenta por ciento, con lo cual se ganó la simpatía del «G-man».

Ernest Raysdale repartía el tiempo entre el solarío y el timón, si bien a las horas en que más picaba el sol optó por el «*living*», donde se dedicó a beber refrescos y a charlar con su joven esposa, que tomaba el sol con prudencia, en cortas apariciones. A Vinton le gustó la pareja, a pesar de la evidente diferencia de edad. Pronto supo también que Natalie acogía con indiferencia el nuevo matrimonio de su padre; para ella, Judith era una persona más en el yate, a la cual trataba con amabilidad, afablemente, sin ninguna de esas actitudes que parecen inevitables entre una muchacha de veintidós años y una madrastra de treinta. En ellas no se cumplía el tópico de la desavenencia o los celos...

Hacia las once de la noche, lleno el cielo de estrellas, llena la luna, Vinton Shark llegó junto a Natalie, que gobernaba el yate. Ella lo miró y sonrió levemente.

—Hola.

—Vaya a dormir, señorita Raysdale.

—No, no... Es pronto aún.

—Todos están durmiendo. Yo me haré cargo del yate. Y gracias. He descansado más que suficiente durante todo el día.

Ella se apartó de los mandos, y Shark se hizo cargo.

—¿Le importa que me quede unos minutos con usted, señor Shark?

—No...

—Ya he observado que no le gusta hablar mucho. Estaré callada.

Y lo estuvo. Nada menos que durante una hora más, mientras el yate se deslizaba suavemente sobre las negras aguas manchadas de plata. El

«G-man»

la miraba de cuando en cuando, de reojo. Y cada vez notaba un extraño calorcillo en el pecho. Luego, cuando volvía a mirar hacia el mar, le parecía que los ojos de la muchacha estaban allí, enormes, ocupándolo todo... Y parecía que salía de ellos una luz azul...

—Voy a dormir.

—Buenas noches, señorita Raysdale.

Ella le cogió una mano, de pronto, y la apartó de la rueda del volante. Así pudo colocarse entre los brazos del federal, alzar los suyos y rodear el cuello masculino. Todavía no había salido Vinton de su asombro, cuando los labios de Natalie se posaron en los suyos, dulcemente, despacio, en un beso lento y profundo...

—Buenas noches, Vinton.

Ella se alejó, y él la estuvo mirando hasta que desapareció... Parpadeó, entonces, alzó una mano, abrió la boca...

—Bu... buenas noches..., señorita Raysdale.

IV

ERNEST Raysdale bajó los prismáticos y se volvió hacia su esposa.

—Bien... Ahí lo tenemos. Él debió llegar anoche, en efecto...

Tendió los prismáticos a Judith, que miró por la circular ventanilla abierta. Ciertamente a unas quinientas yardas se veía el yate de Giles Demaree, anclado, igual que el de los Raysdale, en aguas de Whitewater Bay.

—Pronto empezarán a buscar ellos también —musitó Raysdale—. Iré a prepararme. —¿Vas a dormir más, Judith?

—No, no... Son más de las seis...

—No tienes por qué levantarte tan temprano, querida. Ya lo hiciste ayer.

—Me vestiré.

Judith abrió el armario empotrado, se quitó el corto camisoncito transparente y se estremeció un poco.

—Ernest, por favor, ¿quieres cerrar la ventana? Pasa un poco el frío...

Raysdale cerró y se volvió hacia su esposa, pensativo.

—No me gusta lo que le hemos hecho a Giles —susurró—. Ni me parece correcto...

—¿Correcto? Bueno, dicen que todo está permitido en la guerra y en el amor.

—Pero Giles y yo no estamos en guerra. Ni interviene para nada el amor. No estoy contento de mí mismo, de veras.

—¿Prefieres regresar ahora mismo?

Raysdale vaciló visiblemente.

—Lo haría de buena gana. Sería lo más correcto.

—Correcto, correcto... Estoy segura de que él habría hecho lo

mismo, Ernest.

—¿Giles? —se asombró Raysdale—. ¡Por supuesto que no lo habría hecho nunca! Estoy seguro de que él jamás leería, sin mi permiso, una carta dirigida a mí. Lo conozco bien... Hace veinte años que somos amigos. Y sé que esa es una de las cosas que Giles no haría nunca.

Judith acabó de abrocharse los sujetadores y miró con amable burla a su esposo.

—Otra de las cosas que nunca haría tu viejo amigo Giles es la de hacerte partícipe de sus descubrimientos, querido.

—¡Naturalmente que no! ¡Tampoco yo se lo diría a él, si tuviese una buena información! Son veinte años haciendo lo mismo, Judith... A veces, desaparece él de Nueva Orleáns. Otras veces, soy yo quien lo hace. Y casi siempre regresamos con algún objeto que el otro envidia... Pero lo hemos hecho siempre... deportivamente. De lo contrario, ya no existiría esta amistad de hace veinte años, nada menos.

—Mira... Yo creo que estás amargándote la vida, querido. Tú has sabido lo mismo que él, ¿no es así? Pues también tienes derecho a contratar «hombres-rana» y venir aquí a buscar esos objetos que tanto os satisfacen. Ganará el que tenga más suerte.

—No... Yo no he tenido suerte. He jugado sucio.

—Por favor, no insistas en eso, Ernest... A mí me parece una tontería venir a un lugar como éste a buscar vasijas de barro o cobre, o cofres de hierro viejo que ni siquiera contienen perlas ni esmeraldas, o..., o la pata de palo de alguno de los piratas que, mientras se refugiaba por estas costas, aprovechaba para tirar al mar todo lo inservible en su navío...

—Todas esas cosas —gruñó Raysdale— eran inservibles entonces, y los piratas tenían todo el derecho del mundo a tirar... sus «basuras» donde quisieran. Pero hoy día, encontrar esas cosas es útil, interesante, culto... La arqueología submarina es muy apreciada en todo el mundo, Judith.

La hermosa pelirroja suspiró amablemente.

—De acuerdo, querido. Ya sabes que lamento mucho no entender de esas cosas... Pero, al menos, creo que debo... ponerme a tu lado, convencerte de que si algo hay ahí abajo, tú tienes el mismo derecho que tu amigo Giles.

—Si no fuese por lo de la carta, sí, desde luego... Por mucho que se hubiese visto la palabra anticuario en el sobre... Además, ¿quién es ese Oliver H. Dantry?

—Pues, evidentemente —rió Judith—, es un anticuario que, de un modo u otro, ha sabido algo, se ha enterado de que en Nueva Orleáns había un millonario aficionado a estas cosas, y le ha dado la información... Con toda seguridad, dentro de unos días aparecerá por la casa de Giles y le pedirá... una muestra de reconocimiento por su información.

—Información de la que yo estoy dispuesto a abusar.

—Por el amor de Dios, Ernest: vámonos o quedémonos... Pero no insistas más en eso. Bien: ¿qué hacemos?

Ernest Raysdale estuvo pensativo, sombrío, durante unos segundos. Por fin, se puso el batín y se dirigió a la puerta del camarote.

—Iré a avisar a Shark y Stone para que preparen sus equipos. En seguida vuelvo.

Vinton Shark se sobresaltó al oír las últimas palabras de Ernest Raysdale. A toda prisa, escondió el receptor conectado directamente con el micrófono magnético que había colocado en la pared del camarote de los Raysdale... Fue una operación simple. El receptor estaba camuflado dentro de uno de los plomos del cinturón, y sólo tuvo que bajar la tapa de éste, de modo que el plomo se juntó de tal modo que no se veía ranura alguna. Luego, quitó el plomo del cinturón y miró a su alrededor, buscando un lugar donde ocultarlo...

Todavía estaba en eso cuando sonó la llamada a la puerta de su camarote.

—Señor Shark, ¿está despierto?

—Un momento, señor Raysdale.

Tiró el plomo dentro de su saco de lona y fue a abrir. Raysdale se lo quedó mirando, un poco asombrado al verlo en «*slip*» y con el traje de goma preparado ya sobre la litera inferior.

—Venía a decirle que podemos empezar pronto las inmersiones... Pero veo que ha pensado ya en ello, Shark. Bueno... —vaciló visiblemente—. ¿Está lo bastante descansado para empezar a trabajar?

—Desde luego, señor. Llegamos aquí a las tres de la mañana apenas, y son cerca de las siete. He dormido lo suficiente. Además, ayer no tuve mucho trabajo, precisamente. Estoy descansado.

—Bien... Magnífico. Iré a avisar a Stone. ¿Le parece bien que hagamos la primera inmersión dentro de media hora?

—Lo que usted diga, señor Raysdale.

—Desayunaremos a las nueve... Debo decirle que usted me parece un hombre educado y cumplidor, Shark.

—Gracias, señor Raysdale. Estaré listo dentro de veinte minutos.

Ernest Raysdale asintió con la cabeza y desapareció del umbral. Vinton regresó a su saco de lona, tras asegurarse de que la puerta estaba cerrada. Sacó el plomo que contenía el receptor-grabador y lo puso en marcha...

Después de oír la conversación entre Judith y Ernest Raysdale, se dijo que la Ley debería tener suficiente con aquello. Quedaba indiscutiblemente comprobado que Ernest Raysdale era culpable del delito de violación de correspondencia. Aunque... Bueno, también estaba muy claro que Raysdale no se sentía precisamente satisfecho de lo que había hecho. Puso de nuevo en marcha el aparato. Algo había allí que no acababa de convencerlo, algo que escapaba, de momento, a sus deducciones...

Estaba a la mitad de la cinta cuando sonó otra llamada a la puerta del camarote.

Otra vez el

«G-man»

escondió el plomo que contenía el aparato receptor-grabador y fue a abrir... Apenas hacerlo, la cabeza de Natalie se asomó vivamente hacia el interior del camarote. Apareció en su rostro una expresión de decepción.

—¿Está solo, Vinton?

—Sí... Sí, sí: solo...

—Me pareció... oír otras voces...

—¿Otras voces? No, no... Ya ve: estoy solo... Perdona que la reciba así, en «*slip*»... Creí que era su padre otra vez... ¿Qué..., qué..., en qué puedo servirla, señorita Raysdale?

Ella había entrado en el camarote y estaba mirando la puerta que comunicaba el pasillo que llevaba al «*living-yacht*» y, en general, al interior del yate. Se volvió, sonriendo, porque

comprendió que aquella puerta no había sido utilizada recientemente. Al menos, esperaba no estar equivocada.

—Voy a bajar yo también al fondo del mar... —informó—. De modo que seremos cuatro: mi padre, Stone, usted y yo... Me pregunto si me admitiría como pareja, Vinton.

—Bueno... No sé... Quizá su padre prefiera...

—Mi padre preferirá la compañía de uno de ustedes dos. Quiero que me prometa que usted no se ofrecerá... Está... comprometido conmigo, Vinton.

—Yo-yo-yo... Por mi parte no..., no hay inconveniente, desde luego...

Se quedó mirando a la muchacha, que llevaba un albornoz de color azul celeste con manchitas doradas. Y se sonrojó cuando se sorprendió pensando que le gustaría saber qué más llevaba la muchacha debajo del albornoz.

—¿Le ocurre algo, Vinton?

—Nnnoooo... No, no...

—Anoche..., anoche fui un poco... impulsiva, ¿verdad?

—No sé... Seguramente, sí. Aunque me pregunto por qué.

—No comprendo.

—Quiero decir que la cosa tendría explicación si yo fuese..., si yo fuese uno de esos hombres atractivos y..., y todas esas cosas que tanto gustan a las mujeres...

—Ah... ¿Tú no gustas a las mujeres?

Vinton Shark movió enérgicamente la cabeza.

—Sé muy bien que no.

—¿Cómo lo sabes? —musitó ella.

—Pues... Son cosas que un hombre nota, claro...

—¿De qué modo?

—Emmm... No sé... Y puesto a no gustar, ni siquiera les caigo bien a los hombres. Soy un gafe, señorita Raysdale, ya se lo dije.

—Dios mío, Dios mío —musitó la muchacha, acercándose tanto que Vinton tuvo que retroceder hasta la pared—. Eres más tonto de lo que tú mismo crees, Vinton...

Y, como la noche anterior, volvió a besarlo. El

«G-man»

pensó que sus rodillas se estaban derritiendo y que de un momento a otro algo iba a estallar dentro de él. Cuando se dio cuenta, estaba

solo, de espaldas a la pared del camarote. Natalie estaba en la puerta y lo miraba sonriendo dulcemente.

—No olvides —musitó— que soy tu pareja para las inmersiones, gafe.

Sólo después de quince o veinte segundos reaccionó Vinton Shark. Se pellizcó la punta de la nariz, farfulló algo y se quedó mirando la puerta cerrada. Dio unos cuantos pasos por el camarote, hasta concentrar sus ideas. Ah, sí: la radio...

Desenroscó la parte inferior de uno de los tubos de aire y dejó al descubierto una pequeña emisora receptora de onda corta, a pilas solares: un aparato de experimentación. Hasta en aquello lo utilizaban como sin darle gran importancia. Si la cosa funcionaba, estupendo. Si no funcionaba, ¿qué importaba? Al fin y al cabo, sólo era el último agente llegado a la Delegación de Nueva Orleans...

—Vinton Shark, en frecuencia

NO-39,

a Delegación en ésa. ¿Reciben llamada?

—Adelante, Shark... ¿Alguna dificultad en el aparato?

—Es evidente que no —gruñó el

«G-man»

—. Imagino que el inspector Howard no ha llegado todavía.

—No, no ha llegado.

—Pásenle el siguiente mensaje... Y que sea textualmente. ¿Toman nota?

—Adelante.

—Bien... Ahí va: urgen datos sobre anticuario llamado Oliver H. Dantry, remitente de carta recibida por Giles Demaree y violada por Ernest Raysdale. La carta procedía de Flamingo, de modo que cursen petición a agentes destinados allá y averigüen todo lo posible. Entretanto, tengo ya en mi poder la cinta magnetofónica que podría probar que Ernest Raysdale, en efecto, violó correspondencia. Espero respuesta e instrucciones. Corto.

El inspector-jefe Howard movió aprobativamente la cabeza.

—Bien... Parece que Vinton se las ha arreglado bien... Y con notable rapidez. Tenemos la cinta que probaría la culpabilidad de Ernest Raysdale.

—Prueba que no aceptaría un tribunal.

—Ya lo sé... A veces, pienso que nuestras leyes son en exceso benevolentes.

—¿Por qué querrá saber todo lo referente a ese Oliver H. Dantry?

—Psé... Cualquiera sabe.

—¿Nos ocupamos de ello, señor?

—Mmm... No. Flamingo corresponde a la Delegación de Miami... Voy a llamar por la línea privada allá... Seguro que tiene un par de agentes por lo menos, en Flamingo, de modo que les retransmitirán las instrucciones... Si ese Oliver H. Dantry todavía está en Flamingo, lo sabremos. Y sabremos más cosas sobre él. Puesto que Vinton lo pide, debemos complacerle. No sé qué resultados podrán obtenerse, pero lo haremos.

—Me parece bien, señor. Por cierto..., ¿qué demonios debe estar haciendo ahora? Las nueve y diez... Apuesto algo a que se está pegando la gran vida en un yate de millonario...

Vinton Shark se volvió hacia Natalie, haciéndole señas de que no profundizase más, que le esperase allí. El sol se filtraba por las límpidas aguas de Whitewater Bay, que, como su nombre indica, parecían en verdad blancas, llenas de luz. De modo que la muchacha pudo captar perfectamente la seña y asintió con la cabeza, manteniéndose entre dos aguas, a quince o veinte yardas de la superficie y a otras tantas del fondo.

Mientras tanto, Vinton descendía hacia el fondo, que cada vez se mostraba más oscuro. Todo estaba lleno de rocas, algas, crustáceos... Hacia el frente, las rocas formaban una masa más espesa, con pequeños agujeros negrísimos, que eran las entradas a pequeñas cuevas. El agente del
F. B. I.

no se fijaba en esos detalles, de momento, sino en algo que había visto en el fondo... Un pequeño objeto, muy brillante... Iba tan atento a esto, que casi se le escapó la boquilla, debido al sobresalto cuando un pez de más de dos pies pasó junto a él lanzado como una bala, dejando ante sus ojos un destello negro y dorado. Miró hacia arriba, pero Natalie había visto el pez, que, además, se perdía de vista, buscando lugares más tranquilos.

El objeto brillante seguía en el fondo.

Llegó allí, casi a cien pies de la superficie, y sus dedos lo

tomaron, acercándolo al cristal de los lentes antiempañables. Un trozo de cristal... Solamente un trozo de cristal. Diminuto, casi redondo... Apenas como un grano de arroz. Casi en seguida, vio otro. Y luego otro... Y otro... Había no menos de una docena de aquellos cristales esparcidos por la arena del fondo, por entre algas y rocas... Un cangrejo se escondió precipitadamente en la arena, dando marcha atrás.

Vinton Shark empezaba a sentirse realmente cansado. Llevaba más de una hora de inmersión, de búsqueda de cosas que Ernest Raysdale había explicado un poco vagamente. Vagamente para Mac Stone, al menos, pero no para Shark, que sabía lo que buscaba el millonario: objetos antiguos, los que fuesen... Cualquiera de ellos sería un auténtico hallazgo para Raysdale...

Había otro cristalito más hacia las rocas, hacia una de las negras entradas. Y lo más extraordinario del asunto era que aquellos cristales tenían que ser recientes, porque sus bordes no mostraban la menor erosión. Eran todavía agudos, casi cortantes. Además, eran inastillables, como el de su lente submarina...

En la boca de la pequeña gruta tuvo que encender la linterna acuática... Un pequeño pulpo se enroscó en su agujero, moviendo asquerosamente las patas. Había pececillos pequeños, que escaparon con rápidos coletazos por la brecha que dejaba libre aquel gran cuerpo huesudo...

Con un par de golpes de aleta, el «G-man» se encontró dentro de la cueva negra. La luz iba de un lado a otro, manejada por el casi indiferente buceador... Pasó por delante del «hombre-rana», iluminándolo, siguió un poco hacia la izquierda... y volvió a toda prisa hacia allí.

El hombre-rana llevaba un traje de goma color paja... y tenía un oscuro agujero en el centro del pecho. Se veían los atalajes que sujetaban los tubos de aire a su espalda, pero la boquilla no estaba en su boca, sino suelta, soltando las últimas burbujas semiesféricas, lentamente, en un gorgoteo sordo... El cristal de la lente monocular estaba roto; parecía una extraña tela de araña ante el rostro del buceador desconocido... Una tela de araña a la cual faltaba una parte...

Vinton Shark miró algunos de los cristalitos que se había

quedado y nadó lentamente hacia allí. A través del roto cristal se veían los ojos abiertos del buceador ahogado... No. Ahogado, no. La verdad era que tenía una profunda herida en el pecho, justo en el sucio agujero del traje de goma. Pero ya no salía sangre.

Rodeando sus pies había un trozo de hilo de nylon, de los utilizados para la pesca deportiva de superficie. Y además de atar sus pies, aquel hilo transparente, casi invisible, sujetaba dos grandes piedras cubiertas de conchas de moluscos. El

«G-man»

apretó suavemente, con un dedo, en el borde de la herida, y el agua se tiñó durante un instante de rojo. Sólo un instante... Todavía salió un poco más de aquel trágico tinte, segundos después.

Dirigió de lleno la luz al rostro del cadáver del buceador... Desde luego, no lo conocía. Estaba seguro de no haberlo visto jamás. Pero una cosa también era segura: aquel hombre llevaba muerto muy poco tiempo. Quizá, incluso menos de una hora. Lo probaba el hecho de que, al apretar el borde de la herida, todavía había salido un poco de sangre... Herida que debía haber sido producida por un arpón...

Exactamente.

Aquella herida sólo podía haber sido causada por un arponazo. Luego, quien había disparado el arpón, lo había retirado del cuerpo del muerto, lo había llevado hasta aquella gruta, le había atado el par de rocas a los pies y lo había dejado allí, en la confianza de que jamás sería hallado...

Esto tenía un poco de lógica, ya que unos investigadores submarinos que están buscando objetos arrojados al mar, difícilmente considerarían la posibilidad de que tales objetos pueden encontrarse en grutas...

Oyó el burbujeo tras él y apagó rápidamente la linterna. Se volvió y vio a Natalie Raysdale en la entrada de la gruta, preocupada, según parecía. Nadó rápidamente hacia allí, tomó de un brazo a la muchacha y señaló con el pulgar hacia la superficie.

Subieron rápidamente los dos, deteniéndose antes de llegar, a fin de esperar la descompresión.

Por fin, subieron del todo. Vinton sujetó la escalerilla y Natalie subió rápidamente. Cuando el

«G-man»

llegó a la cubierta, la muchacha se había quitado los lentes y la boquilla, y respiraba profundamente, con avidez...

—¿Ha encontrado... algo, señor Shark? —sonrió maliciosamente.

—No... Le dije que no descendiera más, señorita Raysdale... ¿Y su esposo, señora Raysdale?

Judith miró hacia el agua, preocupada.

—Todavía no ha regresado... ¿Cree que...?

—El aire dura más de dos horas. No se preocupe. ¿Y Adams?

—Está terminando de preparar el desayuno... ¿No han encontrado nada, Shark?

—No... Lo siento. ¿Me permite los prismáticos?

Judith tendió los prismáticos al hombre del

F. B. I.,

que, aparentemente, se dedicó a buscar señales de los dos buceadores por la superficie del agua. Pero no se veían las clásicas burbujas semiesféricas... Muy despacio, varió la dirección de los prismáticos, hacia el yate que estaba anclado quinientas yardas más allá. Incluso pudo leer su nombre, en la proa: «White Fish»... Un «hombre-rana» estaba subiendo por la escalerilla, chorreando agua... Un «hombre-rana» cuyo traje era de color paja, idéntico al del buceador muerto de un arponazo y llevado luego a la negra gruta.

En cubierta estaba Giles Demaree. Es decir, tenía que ser él, de acuerdo a la descripción que el inspector Howard le había facilitado. Estaba en «*slip*», era ligeramente obeso, pero muy tostado por el sol... De mediana estatura, un poco calvo. Sí, aquel tenía que ser Giles Demaree. Ayudó a subir al buceador, le ayudó también a quitarse los tubos de aire. Estaban hablando algo... El buceador señaló hacia el agua y movió negativamente la cabeza.

¿Qué negaba? ¿La presencia de algún objeto de los que buscaban, o la presencia de su compañero en la búsqueda? Porque, fácil era deducirlo, el buceador muerto y el que acababa de abordar el yate habían sido empleados por Giles Demaree, el cual había puesto el equipo de ambos, y del otro que todavía no aparecía. Tres trajes de color paja había contado Shark antes de iniciar todos la inmersión. Y por el momento sólo uno de los buceadores de Giles Demaree había vuelto a bordo. Otro, estaba muerto de un arponazo,

y el tercero...

El tercero apareció segundos después junto al yate y se agarró a la escalerilla.

Vinton ya no miró más hacia allí, porque sabía que el tercer «hombre-rana» contratado por Demaree no subiría a bordo; al menos, por su propio esfuerzo.

El agente del

F. B. I.

entregó les prismáticos a Natalie, que parecía estar esperándolos. Se quitó las aletas...

—Parece que ya han regresado dos de los buceadores de Giles —musitó la muchacha—. Y creo que tampoco han encontrado nada.

—En dos horas no se puede rastrear todo este fondo. Habrá que tener mucha paciencia, porque...

—¡Ahí viene papá! Y Stone también... ¡Y traen algo!

Raysdale y Stone llegaban poco después junto al yate. Llevaban un arca de madera con refuerzos de hierro. Stone quiso alzarla, pero Raysdale lanzó un grito de aviso.

—¡No! Ellos deben estar mirando hacia aquí, Stone... Vamos a dejar el arca sumergida, colgando de la escala de cuerda. La subiremos a la noche.

Stone asintió con la cabeza y sacó del cinturón de plomos un rollo de hilo de nylon. Cortó un trozo con el cuchillo y lo ató al arca, y luego el otro extremo a la escala. Dejaron colgar el arca, y los dos subieron, ayudados por Vinton... Se dejaron caer en cubierta, derrengados. Judith se acuclilló junto a Raysdale.

—¿Estás bien, Ernest?

—Sí, sí... No te preocupes.

—Has estado demasiado tiempo... Eso es muy fatigoso para ti.

—No importa, no importa... ¡Hemos encontrado algo! Maldita sea, me gustaría subirlo ahora mismo...

—Puedo saltar al agua y llevar ese objeto al otro lado del yate, señor Raysdale —ofreció Vinton—. No lo verían desde el otro yate.

—No, no, Shark... Descanse usted también...

—No estoy cansado, de veras.

—Bien... Se lo agradeceré de veras, Shark. La verdad es que no estaría tranquilo hasta tener eso en mis manos.

—Lo subiré por el otro lado...

—Yo le ayudaré —dijo inmediatamente Natalie.

V

PARECES desilusionado, querido —musitó Judith—. No, no... De veras que no... Debe tener... muchos así, sí...

Estaban todos en el «*living*», ahora. El arca estaba sobre la mesa del centro, de cristal. Tenía algunas algas y un par de conchas de crustáceos. La madera estaba bastante podrida, y los flejes de hierro que la sujetaban se veían negros, con una ligera costra...

—Es muy pesada —dijo Vinton—. Debió costarle mucho esfuerzo arrancarla del fondo, señor Raysdale.

—¿Esfuerzo? Pues no... Bueno, Stone venía conmigo, de modo que entre los dos fue fácil.

—Creí que se habían separado...

—No, no... Hemos estado juntos todo el tiempo, como medida de seguridad. Yo sé muy bien lo que busco, pero usted y Stone son los que mejor saben cómo debe buscarse bajo el agua, de modo que me pareció más prudente no separarme de él —alzó la mirada, alarmado—. Espero que usted no haya dejado sola a mi hija, Shark.

—Por supuesto que no, señor.

—Ah, bien... Bueno, guardaremos esto y descansaremos un poco. ¿Está listo el desayuno, Adams?

Se volvió hacia el pasillo interior, en cuya puerta esperaba el cocinero, mirando de lejos el arca.

—Cuando usted quiera, señor Raysdale.

—Nos ducharemos y nos pondremos cómodos. Un cuarto de hora será suficiente. El resto del día lo dedicaremos a descansar... ¿Les parece bien?

—Desde luego —aceptó inmediatamente Stone.

—Podríamos bajar otra vez a media tarde, durante una hora —propuso Vinton—. No creo que eso nos agote para mañana.

—De acuerdo, Shark. Ahora, vamos a cambiarnos para almorzar tranquilamente. Tendremos un buen día de sol y descanso. Por ser el primer día de exploración, la cosa no ha estado mal del todo. ¿Vamos, Judith?

Vinton Shark se fue tras ellos, por el pasillo. Entró en su camarote, lentamente. Pero en el acto sus movimientos cobraron una gran rapidez. Fue a la bolsa de lona, sacó el plomo de lastre suelto que había dejado allí, lo abrió y puso el receptor-grabador en marcha.

No oyó nada. Estaba seguro de que los Raysdale tenían que estar ya en su camarote. Y mucho más seguro de que jamás sabrían encontrar el micrófono magnético... Pero quizá algo funcionaba mal, porque no oía nada.

Nada.

Se quedó mirando el aparatito con el ceño fruncido. Y mientras esperaba, se dedicó a quitarse el traje de goma. De buena gana habría ido a ducharse a la serie de tres duchas que había junto a la cocina, en popa, pero decidió no moverse de allí hasta oír algo... El micrófono tenía que funcionar, estaba seguro. En cuanto al receptor-grabador, en sus manos, no podía tener el menor fallo.

Se puso unos «slips» rayados en verde, negro, rojo y amarillo, y un jersey color café. Se miró al espejo y torció el gesto. Pero quizá no lo hizo sólo porque estaba convencido de que era feo, sino por la actitud de Natalie Raysdale. Ella le había besado, le había tuteado... Pero cuando estaban con los demás, lo llamaba «señor Shark». Claro: a buen seguro que la muchacha se estaba divirtiendo a costa suya...

El peine se enredó en los cabellos, dio un tirón, saltó de su mano, chocó contra el pequeño espejo colocado en el interior del armario y le golpeó en la nariz. Se inclinó a recogerlo, y su cabeza dio contra el borde de la puerta blanca a estilo persiana...

—Maldita sea... ¡Gafe! ¡Eres un gafe, Vinton! —se amonestó.

Consiguió recogerlo, al fin, y acabó de peinarse, rudamente, enfurecido. Luego, se dejó caer en uno de los sillones, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hoscamente el aparato receptor-grabador... Y estuvo a punto de atragantarse cuando oyó, de pronto, la voz de Judith:

—¿Qué te ocurre, Ernest?

—Nada.

—No sabes mentir —reía ella—. ¿Algo no va bien?

—Sí... Sí, sí, todo va bien...

—Me parece que no. Estás como... disgustado, o decepcionado... O ambas cosas a la vez. Te estoy observando desde que hemos entrado, y te aseguro que jamás te he visto tan silencioso, tan... ¡Desconcertado! ¡Eso es, desconcertado!

Un breve silencio...

—Bueno —la voz de Raysdale—. Sí, la verdad es que estoy un poco desconcertado, Judith.

—¿Por qué?

—No sé... El arca que hemos encontrado... Mírala bien... ¿No ves algo raro en ella?

—¿Raro? Desde luego que no. ¿Tú sí?

—Pues... Mira, estoy pensando que sería mejor que regresáramos a Nueva Orleáns...

—¡Regresar! ¿Por qué?

—No quiero que te aburras por mi culpa... Es mejor que volvamos a casa.

Otro breve silencio.

—Querido, no te comprendo... No te comprendo, de veras. Estamos a casi seiscientas millas de Nueva Orleáns, has encontrado algo de lo que has venido a buscar, yo no me he quejado de nada, no he protestado de nada, soy tan cariñosa contigo aquí como en casa... No lo entiendo... ¿Por qué hemos de volver?

—Porque no me gusta perder el tiempo. Ni las bromas estúpidas.

—Eeee... Ernest, por favor... ¡Cada vez te entiendo menos!

—¿De verdad no ves nada en esta arca?

Un nuevo silencio, más prolongado que los anteriores.

—No... No veo nada raro en ella... Bueno, ya sabes que yo no entiendo de estas cosas... ¿Tiene algo raro este trasto viejo?

—¡Exactamente! ¡Tú lo has dicho, querida! ¡Es un trasto viejo!

—Te lo suplico, Ernest. Si no has de decirme las cosas con la claridad necesaria para que yo...

Vinton Shark estuvo a punto de lanzar un grito, un alarido, cuando la llamada sonó en la puerta de su camarote, por la parte que daba a cubierta.

Se abalanzó sobre el receptor-grabador, lo detuvo, lo camufló

dentro del plomo y tiró éste dentro del saco de lona.

—¿Qui...? —se aclaró la voz—. ¿Quién es?

—Natalie. Abre, Vinton.

Abrió la puerta y se quedó mirando casi irritado a la muchacha.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Nada —ella alzó las cejas—. Vengo a buscarte para ir a desayunar. Y yo me pregunto: ¿qué te pasa a ti?

—Ejem... No sé. Mire, señorita Raysdale, estoy llegando a la conclusión de que usted se está burlando de mí. Me besa, me tutea, me llama luego «señor Shark»... ¿Qué se propone, exactamente?

—¿Estás obligado a ser tan brusco conmigo?

Natalie había entrado en el camarote y miraba a todos lados, con evidente desconcierto. Vinton se propuso no poner en marcha ninguno de sus aparatos hasta estar convencido absolutamente de que nadie podía oír susurros desde el otro lado de la puerta. Porque, sin duda, Natalie había vuelto a oír voces. Tenues, apagadas, apenas audibles... Pero ella debía tener un oído muy fino...

—Bueno... Supongo que no. Vamos a desayunar.

Natalie lo retuvo por una mano.

—Vinton —rió quedamente—. Vinton, eres tonto, querido... Oh, sí, creo que realmente eres un hombre tonto...

—Ya lo sé.

—Pero yo me he enamorado de ti.

Vinton Shark se atragantó definitivamente, con tal pesadez, que estuvo convencido de que jamás volvería a respirar normalmente. Pero no fue así.

—Creo... —masculló desabrido—, creo que la tonta eres tú ahora, señorita Raysdale.

—¿Por qué?

—Voy a decirle algo, señorita Raysdale —barbotó sordamente el agente del

F. B. I.

—: si continúa con ese juego, los voy a tirar a todos al mar y me largaré de aquí con el yate...

—¿También me tirarías a mí? Yo creo... ¡Vinton!

El

«G-man»

había salido del camarote, a largas zancadas, desentendiéndose de

la muchacha. Ella salió corriendo tras él, lo alcanzó en cubierta... y ambos estuvieron a punto de tropezar con Mac Stone, que se estaba comiendo un tomate crudo, golosamente.

—Vitaminas —dijo—. Las mejores del mundo. Esto es lo que tendrían que poner en las cápsulas de los astronautas, y no esas porquerías de pastillas... ¿Te gustan los tomates, Vinton?

—Sí.

—La cocina está llena... Y ese criminal de Adams se empeña en meterlos en un triturador, y ¡rrrrrr...!, sólo sale jugo, que llena la panza, pero no produce la misma satisfacción que... Me parece que estoy hablando demasiado otra vez. ¿Quieres un tomate?

Le puso un enorme tomate en la mano y entró en el «*living*», que era a la vez comedor... Reapareció apenas un quinto de segundo inmediatamente después, con expresión de alarma.

—Ten cuidado al morderlo. Es como si explotasen.

Vinton masculló algo, miró a Natalie, que parecía un poco enfurruñada con él, y mordió rabiosamente el tomate...

—Lo..., lo siento...

Natalie se pasó la mano por la naricita, quitándose el jugo de tomate. Luego, se quedó mirando la mano y el pecho del «G-man», salpicado profusamente del rojo jugo.

—No tiene importancia, Vinton... —musitó ella—. Y te aseguro que no me estoy burlando de ti.

—¿Ah, no?

—No. ¿No quieres más tomate?

—No.

—Dámelo —se lo quitó de la mano, lo mordió, y unas gotitas de jugo cayeron sobre el lindo jersey azul, magníficamente moldeado por el cuerpo femenino—. Vaya... Me he manchado... ¿De verdad no quieres más tomate?

—No.

Dio media vuelta, dirigiéndose hacia el «*living*». Natalie se colocó a su lado, casi corriendo.

—Vinton, tú eres un hombre agradable, de veras. ¿Por qué no puedo estar enamorada de ti?

—Déjame en paz.

—No eres guapo, ya lo sé... Pero eso no importa, porque...

El

«G-man»

se detuvo bruscamente.

—¿No importa eso? —rió fríamente.

—A mí, no. Mira, el latón puede brillar tanto como el oro, pero el oro, por sucio o escondido que esté, siempre es oro... ¿Lo entiendes?

—Ah, vaya... Y yo soy el oro, ¿eh?

—Claro.

Vinton Shark soltó un resoplido y entró impetuosamente en el «*living*».

Cataclismo a la vista.

Adams, que salía por aquella puerta para ir a la cocina por la cubierta y tirar al mar algunas cosas, lanzó un chillido y la bandeja escapó de sus manos, hacia arriba, mientras él salía disparado hacia atrás, dando traspiés. Sentados ya a la mesa, los Raysdale y Mac Stone cerraron los ojos, como si ello les privase de oír el estruendo de cristal, metal, líquido...

—No..., no lo había visto... —tartamudeó Vinton.

—Venga a desayunar, Shark —intentó sonreír Raysdale—. Eso vale unos pocos dólares, y asunto liquidado. Oh, espero que no insinúe que piensa abonármelos... Ve a preparar el café, Adams.

—Sí, señor Raysdale.

Adams apareció luego con otra bandeja. Primero asomó la cabeza, se informó del lugar donde estaba sentado Vinton, y entró a toda prisa. Dejó la bandeja sobre la mesa y suspiró. Sirvió el café, en finas tazas de porcelana. Excepto uno de los servicios, que vertió en un bonito vaso de grueso plástico blanco. Todos se dieron cuenta de ello, y el primero fue precisamente el agente del

F. B. I.,

cuyo gesto se tornó aún más sombrío.

Natalie se levantó vivamente, se acercó a Adams y le dijo que ella serviría el café. Dejó el que contenía el vaso de plástico, tomó otra de las tazas y la sirvió. Los Raysdale, que estaban cerca de la mesa, se inclinaron hacia delante y tomaron una taza cada uno. Stone, apoltronado en un sillón, con un grueso cigarro entre los dientes, se levantó, tomó su taza con el plato y volvió a sentarse...

Vinton se quedó mirando la taza, pero finalmente sus ojos se dirigieron hacia el vaso de plástico. Parecía que iba a levantarse cuando Natalie tomó aquella taza y se la llevó.

—¿Está bien con poca azúcar, Vinton? —sonrió dulcemente.

—Sí... Está bien...

Ella le entregó la taza, sin darle importancia ninguna. La manaza del federal la recibió como si fuese una moneda de centavo, perdida en la palma. Tomó la taza, bebió un sorbo... Natalie se sentó en el brazo de su sillón, de lado.

—Olvidé mis cigarrillos... ¿Tienes uno, Vinton?

—Sí... Sí, desde luego...

Shark sacó el paquete, sosteniendo la taza con una mano, en perfecto equilibrio continuo, a pesar de que tuvo que ladearse un poco. Luego, se giró, para ofrecer la llama de su encendedor a la muchacha... Por fin, tras guardar el encendedor, se quedó mirando la taza de café y el plato: no había derramado una sola gota. Inclino la cabeza, bebió el café silenciosamente, dejó la taza y el plato sobre la mesa y fue hacia la puerta.

—Tomaré el sol un rato —musitó.

—Buena idea —secundó Stone.

Acabó su café y salió detrás del

«G-man».

Ernest Raysdale se quedó mirando afablemente a su hija.

—Es un poco torpe... —sonrió—. Pero parece un muchacho inteligente y tenaz. ¿Verdad, Nat?

—No tiene nada de torpe, papá.

—Bueno... —sonrió también Judith—. Espero que no te habrás enamorado de él, Natalie.

—¿Por qué no? Es lo mejor que he visto en mi vida.

—¿Lo mejor? Querida, creo que estás exagerando...

—En absoluto.

Judith encogió los hombros, encendió un cigarrillo y comentó:

—De todos modos, no debes tomártelo tan en serio. Vinton Shark es un tipo cualquiera, que hoy está aquí y mañana en el lugar opuesto del mundo... Procura no interesarte mucho por él.

—Eso es cuenta mía, Judith.

—Bueno, bueno... —terció Raysdale—. Creo que somos nosotros los que estamos creyendo que Natalie se toma eso en serio. Ayer se

pasó el día mirando al buceador, mientras navegábamos... Le gusta. ¿Qué mal hay en ello? Ese muchacho está aquí, los dos se divertirán un poco y luego él se irá. Eso es todo. ¿No, Nat?

—Claro... —sonrió Natalie—. Claro, papá. Los dos nos divertiremos un poco, luego él se irá..., y eso será todo. Creo que yo también voy a tomar un poco el sol.

El matrimonio Raysdale se quedó mirándola. Luego, se miraron los dos, y él encogió los hombros.

—Tiene veintidós años... —sonrió—. Supongo que, por lo menos, es capaz de distinguir lo que quiere de lo que no quiere. ¿Vamos a la toldilla del solarío, Judith? La brisa es fresca allí...

Vinton Shark, tumbado al sol, estaba pensando que aquella tarde, cuando volviesen a bucear, regresaría a la gruta donde estaba el cadáver del buceador del equipo color paja. Y una vez allí, compararía el hilo de nylon que sujetaba sus pies a las dos rocas, con el trozo de hilo que había cortado del utilizado por Mac Stone para dejar colgando el arca de la escalerilla de cuerda... Y si eran del mismo grosor y características, la cosa se iba a complicar mucho más que ante un caso de violación de correspondencia.

Había desistido ya de notificar lo que había visto, tras mucho pensarlo; le parecía el mejor modo de que el asesino estuviese tranquilo, fuese quien fuese. Pero si el hilo de nylon de Stone era igual que el que servía para lastrar el cadáver del «hombre-rana», tanto Stone como Ernest Raysdale se iban a ver en un aprieto, ya que, si no se habían separado durante la inmersión, era obvio que ambos eran cómplices de aquella muerte submarina.

Esto también tenía su fundamento para darle en qué pensar. Por supuesto, no era fácil que un hombre al que se conoce veinticuatro horas antes acepte tan fácil y simplemente convertirse en cómplice de asesinato. Entonces..., ¿se conocían de antes Mac Stone y Ernest Raysdale? ¿Qué era exactamente lo que estaba... dilucidándose en aquellas aguas? ¿La busca de unos objetos más o menos interesantes, pero que a nada definitivo podía conducir? Objetos más o menos iguales que aquellos habían sido encontrados ya en abundancia en aguas del Caribe, Golfo de Méjico... ¿Valían esos objetos la vida de un hombre? Aun suponiendo que esos objetos fuesen rigurosamente originales y desconocidos..., ¿valían la vida de un hombre?

No.

A su juicio, no.

¿Entonces...?

Se incorporó de pronto, mirando hacia el otro yate. Natalie estaba junto a él, en «bikini», tomando placenteramente el sol, en silencio. Sí... Debía tener un oído finísimo, porque incluso captó su leve esfuerzo respiratorio al tensar el estómago para incorporarse. Lo miró, y luego siguió la dirección de su mirada, hacia el otro yate.

—Viene una lancha —dijo.

Vinton asintió con la cabeza. Se estiró hacia un lado, cogió los prismáticos y los enfocó hacia la lancha que se acercaba al «The Thunder», procedente del «White Wish». Este yate, igual que el primero, llevaba a bordo una pequeña lancha, capaz para seis personas, a la que se podía acoplar un motor que Vinton había visto el día anterior en el compartimento de maquinaria.

En aquella lancha iban Giles Demaree y dos hombres; sin duda, los dos «ranas», ahora en «*slip*» y con jersey. Los tres hombres, que vio cerquísima merced a los prismáticos, mostraban un gesto adusto, hosco...

Bien... Posiblemente, acudían a pedir explicaciones. Y sería muy interesante observar las reacciones de toda aquella gente.

VI

GILES Demaree fue el primero en subir a bordo. Raysdale lo estaba esperando en la escotilla de acceso, y apenas Demaree puso los pies a bordo le tendió la mano, sonriendo forzosamente.

—Hola, Giles. Parece que hemos coincidido en...

—No quiero tu mano —gruñó Demaree—. Sabes que no la mereces, Ernest. ¿Puedo utilizar tu radio?

Raysdale enrojeció violentamente. Se quedó un par de segundos con la mano tendida y luego la retiró lentamente.

—Si no quieres mi mano —musitó—, no veo por qué has de aceptar mi radio.

Ahora le tocó el turno a Giles Demaree de enrojecer con fuerza. Era muy sanguíneo, muy saludable.

—¡No lo haría por nada que pudiese beneficiarme solamente a mí! —aseguró con firmeza—. Pero temo que ha habido un accidente, y quiero llamar a los Guardacostas... ¿Puedo hacerlo o no?

—¿Qué clase de accidente?

—Uno de mis hombres no ha regresado al yate. Y hace más de una hora que debió acabársele el aire. Por tanto, parece lógico que algo le haya ocurrido.

—Podemos ayudarte a buscarlo, si quieres. Con gusto, noso...

—No quiero tu ayuda. Si a Bascomb le ha ocurrido algo, el servicio de

«Frog-Men»

de la U.

S. Coast

Guard debe saberlo, para que ellos mismos obtengan sus propias deducciones. ¿Puedo utilizar tu radio o no? La mía está

estropeada... Hemos intentado arreglarla, pero juraría que falta una pieza...

—Puedes utilizar la mía —dijo secamente Raysdale.

—Gracias —replicó no menos secamente Demaree.

—Le acompañaré, señor —se ofreció Vinton.

—No necesito su compañía. Sé muy bien dónde está la radio en este barco de sinvergüenzas.

Raysdale volvió a enojecer. Judith permanecía a su lado, en silencio. Pero Natalie, que había estado junto a Vinton, se adelantó y pasó un bracito por uno de los de Demaree.

—¿Yo también soy sinvergüenza, Giles? —sonrió.

—No... Tú, no, Natalie. Pero tu padre sí lo es... ¡Y mantendré lo dicho ante un tribunal, ya lo veréis!

—¿Ante un tribunal? —Casi tartamudeó Raysdale.

Demaree soltó un bufido, se desasíó de Natalie y fue hacia la radio. Vinton vaciló entre seguirlo o no, pero cuando estaba sopesando la conveniencia de mostrar demasiada iniciativa personal, Natalie se fue detrás de Giles Demaree, arguyendo, preguntando cosas que nadie pudo oír...

En la cubierta quedaron todos silenciosos. Stone miraba indeciso a los dos hombres de Demaree, quizá preguntándose si ellos serían mejores charlatanes que Vinton Shark. Éste miraba también a los dos hombres... Le parecieron dos tipos corrientes, de buena catadura, fuertes y ágiles. Ernest y Judith Raysdale permanecían herméticos, sombríos; sobre todo Ernest. De pronto, dio media vuelta y regresó al solarío, con Judith, ascendiendo por la escalerilla lateral. Su actitud estaba bien clara: ni quería ni podía discutir con Giles Demaree.

Éste reapareció tres minutos más tarde, congestionado el rostro de pura furia. Se desconcertó un poco al no ver a los Raysdale, pero en el acto miró hacia arriba, hacia el solarío.

—¡Ernest! —gritó—. ¡No lo vas a conseguir! ¡Y esto te va a costar muy caro, ya lo verás! ¡Lo has hecho a propósito!

Raysdale se dejó ver, fruncido el ceño.

—¿De qué estás hablando? —masculló—. Si has terminado, sal de mi yate.

—¡No he terminado, ni he empezado siquiera..., porque tu radio tampoco funciona! ¡Pero no vas a poder engañarme!

—¡Mi radio funciona perfectamente! —gritó Raysdale.

Natalie, que había regresado pocos minutos después que Giles Demaree, movió negativamente la cabeza.

—No funciona, papá. Hemos estado probando los dos. No funciona.

—Pero...

—¡No pongas esa cara de sorprendido! —Se enfureció aún más Demaree—. ¡Estoy seguro que estropeaste mi radio, y luego, para que no pudiese llamar a los Guardacostas, hiciste lo mismo con la tuya!

—¿Estás loco? —protestó Raysdale—. ¿Por qué había de estropear mi radio? ¿Y cómo pude estropear la tuya, vamos a ver?

—Muy sencillo: cuando el yate quedó solo. Aprovechaste que yo estuve en el agua más de media hora y, mientras tanto, tú estropeaste mi radio. No había nadie en el yate durante esa media hora, ya que vinimos solamente los tres buceadores y yo... ¡Pagarás esto, Ernest! ¡Y te aseguro que no pienso marcharme con el yate en busca de los Guardacostas, dejándote toda la bahía para ti solo! ¡Me quedaré!

—¡Puedes hacer lo que te dé la gana!

—¡Eso es lo que haré! Y si crees que voy a cambiar de opinión y que perderé un día yendo en busca de una radio o un barco, estás loco tú, no yo. ¡Veremos quién se cansa antes de estar sin radio! ¡Sinvergüenza! ¡Mal amigo!

—¡Largo! —gritó Raysdale—. ¡Márchate de mi barco!

Los dos «ranas» de Demaree se apresuraron a descender por la escalerilla, hacia la lancha. Demaree inició también el descenso, pero se detuvo cuando todavía tenía un pie en cubierta. Soltó una mano y señaló amenazadoramente a Raysdale.

—¡Nos veremos en el tribunal! —sentenció—. ¡Ya veremos qué opinas de esto cuando el

F. B. I.

venga a detenerte!

—¿El..., el

F. B. I.?

—Palideció Raysdale.

—¡El

F. B. I.,

sí! Ajá, no lo sabías, ¿eh? Pues escúchalo bien: ¡fui a denunciarte a la Delegación del

F. B. I.

antes de salir da viaje! ¡Y firmé una denuncia formal, acusándote de violación de correspondencia! ¡Estás listo, Ernest, con el

F. B. I.

detrás tuyo!

—¡Giles, tú no has podido hacerme...!

Pero Giles Demaree descendía ya la escalerilla; Raysdale quedó como atontado unos segundos. De pronto, se lanzó a toda prisa hacia la cubierta... Cuando llegó a la borda, llamando a Demaree, ya se oía la lancha de éste, alejándose del costado del yate. Sin lugar a dudas, Demaree oyó las llamadas de su amigo, pero la lancha continuó alejándose.

Judith había corrido detrás de Ernest, que estaba musitando con cierto espanto las letras

F. B. I.

—No le hagas caso —le animó, a pesar de estar tan pálida o más que él—. No lo ha hecho, Ernest. Giles no te haría esto a ti...

—Sí... Sí me lo haría, sí... Es demasiado recto, demasiado honrado... Aunque lo haya lamentado profundamente, él me ha denunciado al

F. B. I.,

Judith... Te aseguro que lo ha hecho.

—Bueno, ¿qué puede pasarte? ¡Nada!

—No sé...

—Señor Raysdale, perdón —intervino Stone, un poco preocupado, al parecer—. No entiendo esto... ¿Qué significa la intervención del

F. B. I.

en esto? ¿Qué estamos haciendo para que el F. B. I...?

—No es por esto, Stone. No se preocupe, con ustedes no va nada.

—Mire, señor: si el

F. B. I.

está detrás da alguien..., pues... Bueno, francamente, yo creo que ese alguien, esa persona, pues... no me inspira mucha confianza... Comprenda...

—Es libre de marcharse cuando quiera, señor Stone. Puede

utilizar la lancha. Dígame dónde piensa dejarla, y ya pasaremos a recogerla. Le abonaré la parte de sus...

—Creo que sería más conveniente intentar ver qué tiene la radio, señor Raysdale —dijo calmamente Vinton—. No es prudente estar en lugares aislados sin contar con una radio a bordo.

—¿Podría usted arreglarla, Shark?

—Bueno... No entiendo gran cosa. Si es una pequeñez, sí, señor, podría arreglarla, seguramente.

Todos estaban pendientes de él cuando se volvió. La radio no funcionaba por el simplísimo hecho de tener dos cables arrancados. Nada más sencillo que colocarlos en su lugar para que el aparato volviese a quedar en perfecto estado.

—Lo siento —negó el

«G-man»

—. No adivino qué pueda ser, señor Raysdale.

—Quizá si le dedicase más tiempo...

—No, no... He mirado todo lo que sé. Y si la avería no está en esos puntos, yo no la encontraría jamás —mintió con perfecto aplomo.

—Vaya... En verdad que hay algo que...

—¿Qué, señor Raysdale?

—Nada... Nada, Shark. Bien, ¿qué les parece que debemos hacer?

—Usted es el patrón.

—Sí, pero... No sé... Estar sin radio...

Vinton entornó un poco los ojos.

—No puede ocurrir nada grave por aquí, me parece. De todos modos, contando con dos lanchas y dos yates, no veo peligro por parte alguna...

—¿A usted no le preocupa quedarse?

—¿A mí? —se sorprendió el federal—. ¿Por qué motivo? Me gusta el lugar y adoro el mar. Lo mismo me da estar aquí que en Miami, o Puerto Naranjos... Por mí, nos quedamos.

—Y por mí —dijo Natalie en seguida.

—También por mí —aceptó Judith.

—Y por mí —dijo Raysdale—. Respecto a Adams, sé que hará lo que hagamos los Raysdale. ¿Qué dice usted, Stone?

—Me quedaré. Yo no tengo nada que temer de nadie, de modo que me quedo. Bien entendido que toda mi responsabilidad se limita a mi trabajo ahí abajo. De lo demás, no sé nada.

—Está bien... Será mejor que volvamos a tomar el sol y descansar muy tranquilos. A media tarde bajaremos al fondo durante una hora, tal como propuso Shark... ¿De acuerdo, Stone?

—Ése es mi trabajo. Ahí, lo acepto todo, señor Raysdale.

—Pues vamos a seguir descansando.

Estaba seguro de que todos dormían la siesta. Especialmente, Stone, cuyos ronquidos potentísimos oía a través del tabique que separaba los dos camarotes. Además de eso, había abierto las dos puertas del camarote, para echar una mirada a cubierta y al pasillo interior, a fin de convencerse de que Natalie no estaba por allí.

Todo tranquilo.

Consultó su reloj sumergible. Las cinco, casi. O sea, que hacía unas diez horas que había llamado a la Delegación para pedir que le facilitasen informes. Una buena hora para volver a llamar, porque el inspector Howard estaría en la Delegación.

Desenroscó la parte inferior del tubo de aire, dejando al descubierto la radio. Sonrió un poco al pensar en la cara que pondría Ernest Raysdale si supiese que el

F. B. I.

ya estaba junto a él, y que el «señor Shark» podía haber arreglado la radio en un minuto escaso...

—Vinton Shark, en frecuencia

NO-39

a Delegación en ésa... ¿Reciben llamada?

—Un momento, Shark. Le pasamos la comunicación al despacho del inspector Howard. Son órdenes de él.

Se oyeron un par de silbidos, un «clic», otro silbido...

—¿Vinton?

—Buenas tardes, señor. Tengo un cadáver, ahí abajo.

—Bien. Respecto... ¿Un cadáver? ¿Dónde es ahí abajo?

—En el fondo del mar, en una gruta. Es un «hombre-rana» desconocido para mí; fue contratado por Giles Demaree en Nueva Orleans...

Explicó rápidamente lo que sabía del asunto, la visita de Giles

Demaree al «The Thunder», sus proyectos para aquella tarde...

—... y espero poder llamarle esta noche con algunos resultados, señor. ¿Han averiguado algo de ese hombre llamado Oliver H. Dantry?

—Por supuesto. Hace más de tres horas que tengo el informe esperándole. Veamos: Oliver H. Dantry es, en efecto, un anticuario, con residencia en Miami. Parece ser que suele viajar mucho... La opinión más abundante indica que posiblemente se dedica a recorrer mares o lugares un tanto pintorescos, siempre buscando novedades, cosas para su tienda en Miami. Es un hombre joven, dado a vivir alegremente, sin preocupaciones. No tiene ninguna clase de líos, ni siquiera con mujeres. Lo normal, quiero decir... Casi nunca tiene dinero, porque tal como lo gana, lo gasta en viajes y en pasarlo bien. Una persona simpática para quienes están en contacto con él. Esto es lo que han averiguado en la propia Miami. Ahora, lo de Flamingo. Oliver H. Dantry está ahora pasando unos días allá... La Delegación de Miami ha movilizado a tres agentes en ese lugar, y esto es lo que han averiguado: Oliver H. Dantry está alojado en «Flamingo Lodge», lugar un poco caro, pero no fuera de sus posibilidades si suponemos que ha tenido una última buena racha. Dantry ha alquilado una lancha azul y blanca, y se dedica a salir de pesca durante todo el día. Sale poco después del amanecer, con algunas provisiones, y vuelve al anochecer. Ésa es su vida desde hace una semana... Personalmente, creo que la buena racha actual de Dantry puede deberse a que, antes que a Giles Demaree, quizá proporcionó datos a otro amante de descubrir «tesoros» en el mar, y obtuvo una gratificación. Es corriente en él, según parece.

—Y ahora ha encontrado algo en Whitewater Bay, ha escrito a Giles Demaree, y está esperando a terminar sus vacaciones para presentarse en Nueva Orleáns y tener otra... racha de buena suerte.

—No es nada censurable, Vinton.

—Claro que no.

—Bien, vamos a aclarar eso del cadáver. Comprenderás que no puedes dejarlo ahí abajo más tiempo...

—Perdone, señor. En mi opinión...

—Tu opinión, seguramente, no será todo lo acertada que se precisa, Vinton. Éste es un caso serio y, por tanto, te enviaré a...

La radio dejó de funcionar. Vinton se quedó mirando su mano,

que de aquel modo tan estúpido, pero habitual en él, habíase movido cuando más inoportuno podía resultar el gesto... El resultado fue que una de las pilas se ladeó, casi arrancada. La quitó, examinó las delgadas clavijas, enderezó cuidadosamente la que se había doblado, y volvió a colocarla...

—... oyendo, Vinton. —Casi gritaba Howard.

—Lo siento, señor. Sí, le oigo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... Nada, señor. Algún vacío...

—¿Seguro que no has estropeado nada de la radio?

—Me estaba..., me estaba usted hablando de que enviaría no sé qué cosa, señor —musitó el

«G-man»,

un poco pálido.

—Exactamente. Será mejor que te envíe a un par de agentes, en helicóptero. Mientras tanto, ya puedes empezar a sacar el cadáver para...

—Perdone, señor... Yo..., yo preferiría que me concediese usted un cierto... margen de..., de confianza...

—¿Cómo? ¿Margen de confianza? ¿Qué quieres decir?

—Bueno... Me gustaría hacer esto a mi manera.

—¿Qué manera?

—Aún no sé bien, señor. Lo que sí sé es que de momento no necesito ayuda.

—¿Estás bromeando?

—No, señor. Aunque sólo fuese a mí mismo, me gustaría demostrar que sirvo para algo serio, en lugar de andar con libroles y con cosas de poca importancia... Yo... Bueno... Ya lo he dicho, señor: lo tenía en el buche hace meses. ¿Qué responde, señor?

El inspector Howard tardó casi diez segundos en responder, con voz grave:

—Tienes tiempo hasta mañana a las ocho, cuando yo llegue a la Delegación. Buena suerte, Vinton.

—Gracias, señor. Corto.

Cerró la radio, la escondió en el tubo de aire enroscando la base y se tendió en la litera. A su lado, continuaban oyéndose los ronquidos de Mac Stone. Afuera, el silencio más absoluto. Estuvo un par de minutos pensativo. Luego, se levantó, cogió la pareja de

tubos sin truco y salió a la cubierta, directo hacia el compresor, para rellenar de aire los tubos. Lo hizo, los dejó allí mismo y se acercó a proa, sentándose con las piernas fuera, hacia el agua, por entre los tubos de aluminio.

Un sol radiante, un mar quieto, de calma, chicha. Las aguas parecían tornasoladas y la tierra, da un color amarillo, como descolorida de tanto sol... Whitewater Bay está salpicada de pequeñas islas cercanas a la costa... Algunas tenían buena vegetación: palmeras, baladre...

En el «White Fish», los dos «ranas» que le quedaban a Demaree estaban conversando con éste, listos ya para descender de nuevo, equipados convenientemente. Parecía que Giles Demaree no pensaba bajar aquella tarde. ¿Habría podido arreglar la radio?

Oyó el sonido del compresor y se volvió. Stone, con cara de sueño, estaba rellenando también sus tubos, y le saludó en silencio, moviendo una mano... Casi en seguida apareció Natalie, bostezando... Señaló a Stone su pareja de tubos, pidiéndole que los llenase, y el «rana» aceptó gustosamente.

Natalie miró a Vinton, vaciló unos segundos y, por fin, se acercó y se sentó a su lado, también con las bonitas piernas colgando hacia el mar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó de pronto.

—En Miami. Debo estar allí dentro de un mes... ¿Has estado en Miami?

—Claro. Varias veces. La última apenas hace... cuatro o cinco meses, creo. Luego, papá ha tenido asuntos que atender en Nueva Orleáns, y no hemos pedido salir.

—Creí que habías ido sola.

—No, no... Fuimos los tres: papá, Giles y yo, en nuestro yate.

—Ernmm... ¿Como? No comprendo... ¿Giles es ese señor que estuvo antes a bordo y que...?

—Sí —rió Natalie—. Estaba muy enfadado. Dice que papá..., que papá ha violado su correspondencia. Es por eso que ha avisado al

F. B. I.

—Algo así entendí. Pero lo que no entiendo es lo otro... Fuisteis los tres a Miami... ¿Y la señora Raysdale? ¿Se quedó sola en Nueva Orleáns?

—Ella estaba en Miami.

—Ah... Se había adelantado...

—No, no... Ella estaba allí, llegamos nosotros tres, y la conocimos. Judith les gustó mucho a papá y a Giles —sonrió—. Pero papá es más guapo, y ella aceptó casarse con él, a pesar de los esfuerzos que hizo el pobre Giles por ser el afortunado. Pero es muy bueno, y ahora ha olvidado el asunto, naturalmente. Es lástima que haya pasado eso de la correspondencia entre él y papá. Me gustaría saber qué ocurrió realmente, pero no creo que papá querrá decírmelo, por el momento. Está muy avergonzado... Y yo diría que arrepentido —se colocó los prismáticos ante los ojos, estuvo callada unos segundos, y dijo—: Giles ya tiene a sus hombres en marcha. Están bajando. Vinton: de verdad que estoy enamorada de ti...

—Será mejor que nosotros también nos preparemos para bajar... ¿Vas a venir también ahora conmigo?

—Acabo de decirte que te quiero —refunfuñó Natalie.

—No soy sordo. ¿Y qué quiere que haga? ¿Que me ponga a dar saltos y gritos de alegría? A mí me fastidian un horror los amores eternos... que duren quince días. Si quieres divertirme, búscate a un tipo más guapo y más tonto. Voy a prepararme.

Se levantó rápidamente y se alejó, dejando sola a Natalie, con la mirada fija en el agua transparente...

—¿Listo, Shark? —Se cruzó Raysdale con él.

—En seguida, señor Raysdale. Stone ha llenado ya sus tubos, creo.

Diez minutos después, todos estaban a punto de descenso; Ernest Raysdale miraba hacia el yate de su amigo.

—Se han pasado la tarde dando vueltas con la lancha, pero creo que no han encontrado al hombre que les falta. Ahora buscarán mejor... Lamentaría mucho que le hubiese ocurrido un grave accidente.

—Si no ha aparecido ya por el yate, es seguro que está muerto en cualquier lugar —pronosticó Stone—. Ellos o nosotros lo encontraremos, ya lo verá.

—Ojalá se equivoque, Stone...

—Ojalá. Pero lo dudo. Se tiraron al agua a las siete y media de la mañana, son las cinco y media, y no ha aparecido, ni ha avisado con ninguna señal... Sé de dos casos parecidos, que yo mismo viví;

uno en Nassau, y otro...

—Ya está bien —cortó Raysdale, nervioso—. ¿Vamos al agua? ¿Te quedas con Shark, Nat?

—Sí...

—Mañana bajaré yo —aseguró Judith—. Pero tendríais que hacerlo un poco más tarde. Tan temprano el agua está demasiado fría.

—Con el traje de goma no se nota —sonrió Raysdale, como distraído—. Pero te esperaremos. Nada de lo que esté ahí abajo se va a escapar porque tardemos un par de horas más en ir a recogerlo.

—Seguro que no... —rió Stone—. Usted primero, señorita Raysdale.

VII

IGUAL que por la mañana, Vinton le hizo señas a Natalie para que esperase entre dos aguas, mientras él nadaba directamente hacia la gruta donde había dejado al «hombre-rana» muerto de un arponazo. Probablemente, la muchacha se sentiría intrigada por aquel patente interés del «G-man»

por determinada gruta, pero eso sería cosa a discutir más adelante, si llegaba el caso.

De momento, el agente especial del F. B. I.

estaba dispuesto a comparar el trozo de hilo de nylon que había obtenido de la escalerilla de cuerda a la cual había sido atado el arca por Stone, y el hilo que mantenía lastrado al «hombre-rana» en el interior de aquella gruta.

Preparó la linterna en cuanto divisó el negro contorno del orificio. Lo recordaba muy bien, y estaba seguro de no equivocarse... Y por si quería aún más seguridad, todavía pudo ver sobre la arena un par de cristales de plástico... Tenían un bonito tono dorado, casi rojo por el sol de media tarde. En realidad, aquella hora resultaba la mejor para nadar. Aquella, y la del amanecer...

Sí.

Sin duda alguna, aquella era la gruta.

Se volvió lo suficiente para ver a Natalie, con su traje de goma amarillo, tan llamativo y bonito, sosteniéndose entre dos aguas, tal como lo había hecho aquella mañana...

Luego, entró en la gruta, ya con la linterna encendida. La luz fue de un lado a otro, buscando el cadáver.

Cierto que pedía haberse equivocado. Era una probabilidad que había que tener en cuenta. Pero, Vinton Shark lo había ya comprobado, cuando él trabajaba solo, nada fallaba. Si nadie se interponía en su camino, todas las cosas iban encajando bien en su mente, en sus actuaciones, en cualquiera de sus movimientos.

Y allá, bajo el agua, nadie le estaba molestando.

Por tanto, si el cadáver no estaba allí, era que admitir una equivocación por su parte. El cadáver no estaba. Luego alguien se lo había llevado.

¿Quién, cuándo, cómo, por qué?

Para convencerse definitivamente, invirtió nada menos que un minuto en examinar a plena conciencia la pequeña gruta oscura. No tan oscura, desde luego, como para que la luz de su linterna fuese insuficiente.

Aquel era el lugar, allí había visto el cadáver, y ahora no estaba. Los espejismos estaban bien en el desierto, y para personas menos equilibradas que él. En el mundo submarino, los espejismos no existen, por la sencilla razón de que quien baja a las profundidades, generalmente, lo hace en perfectas condiciones físicas. Y estando en perfectas condiciones físicas, como lo estaba él, no podía haber visto jamás un espejismo.

Transcurrido el minuto, apagó la linterna. Se sentía furioso y humillado. Se veía ya ante el inspector Howard, que lo miraría un tanto irónicamente, quizá incluso con frialdad. El gafe. A buen seguro que se tomarían a broma su descubrimiento de por la mañana.

Pero, si se ponían demasiado pesados, él los llevaría allí, les mostraría algunos de los cristales que todavía debían quedar afuera, sobre la arena y entre las algas verdes y color rosa pálido. Más aún: les mostraría aquellos dos cristalitos que estaba viendo en el fondo y que decidió no tocar...

Allá, había habido un hombre muerto de un arponazo. Si alguien pretendía tomarse a broma sus aseveraciones él se iría de

F. B. I.

Ya estaba bien.

Número dos de la promoción, gran capacidad... Llega a la Delegación a la cual le destinan, y se encuentra con que los novatos han de seguir el camino viejo, el camino fácil, el camino trazado...

¿Por qué motivo? ¿Siempre se ha de empezar por abajo, aunque haya quien esté capacitado para empezar, cuando menos, por la mitad del camino...?

Se colgó la linterna del cinto y nadó hacia la salida de la gruta. Se veía como una mancha de color verde, azul, blanco y rosa... Un hermoso lugar para vacaciones de gente despreocupada. O, mejor aún, para gente muy ocupada que decide tomarse unos días de descanso...

Salió de la gruta, alzando la cabeza para localizar a Natalie.

Y no la vio.

Ella no estaba, igual que aquella mañana, entre dos aguas, esperándole tras haber descendido un poco, casi hasta la gruta. Ni estaba en el fondo, ni entre dos aguas, ni veía la mancha amarilla de su traje de goma en la superficie...

¿Se había ido? ¿Había regresado al yate?

Un par de pececillos de colores pasaron ante sus narices. Y casi en seguida, no menos de cien, todos del mismo tamaño, forma y colores. En una escapada veloz, asustada... Con sus rápidos coletazos se alejaron del intruso hasta perderse de vista entre unas algas...

Y un poco a la izquierda de aquellas algas había otras, idénticas. Salvo un detalle, extraordinario detalle. De aquellas algas brotaba un rápido chorro de burbujas semiesféricas, que ascendían, muy brillantes, hacia la superficie. Quizá eran unas semiesferas un poco más pequeñas de lo normal, y más seguidas, sucediéndose con mayor rapidez...

Vinton Shark nadó hacia allí a toda la velocidad que podía desarrollar. Seis o siete yardas antes de llegar, ya vio el color amarillo entre el verde de las algas, y sus pies se movieron más rápidamente aún.

En tres segundos quedó encima de Natalia Raysdale, como a unos diez pies. Ella estaba pegada al fondo de algas, difícil de localizar... De su boca salían todavía unas pequeñas burbujas... Pero del tubo en cuyo extremo estaba la boquilla de goma que se introducía en la boca, brotaban muchas más, mas grandes, más brillantes. Mas no por la boquilla de sujeción, sino por detrás, en la toma de aire de los tubos... La boquilla se mecía lentamente en las aguas, fuera de la boca de la muchacha.

El agente del

F. B. I.

profundizó rápidamente, salvando la diferencia de profundidad. No cabía la menor duda respecto a lo que convenía hacer. Y lo hizo.

Tras aspirar fuertemente, se quitó la boquilla de la boca y la colocó entre los labios de la muchacha. Las mandíbulas estaban muy separadas, pero él las apretó, hasta que los dientes se clavaron en la boquilla de goma. Al mismo tiempo, nadaba hacia arriba, tirando de la muchacha, a la que sujetaba por la espalda y una axila con el brazo libre...

Había casi cien pies hasta la superficie, y luego, estaban los segundos de descompresión... No podría resistir aquella presión, sin aire, sin ayuda pulmonar. A mitad del recorrido, quitó la boquilla de la boca de Natalie, apenas tres segundos, y llenó de aire sus pulmones, aspirando con fuerza, para, inmediatamente, regresar la boquilla entre los dientes de ella...

Cuando salieron a la superficie, casi se golpearon con unas rocas del islote. El yate de los Raysdale se veía a más de trescientas yardas, y el de Giles Demaree, en la otra línea del ángulo obtuso, a no menos de seiscientas, pequeño, lejos... No se veía a nadie en la superficie, el sol era rojo, el cielo azul...

Vinton Shark se notaba casi desfallecido por falta de aire, pero todavía le quedaban muchas fuerzas. Nadó hacia una diminuta cala rocosa, y durante no menos de tres minutos estuvo allí, sosteniendo a la muchacha, siempre con la boquilla en su boca. Abrió aún más la entrada de aire por medio de la llave, de modo que el aire entró con fuerza en los pulmones de Natalie Raysdale.

Después de aquellos tres minutos, la muchacha tensó el cuerpo, se cerraron sus ojos, se abrieron casi normalmente. Los tenía como velados por una película borrosa, en el principio sintomático del ahogado.

—Natalie... Natalie..., ¿me oyes?

Ella sacudió la cabeza, y la boquilla escapó de su boca, que se abrió con ansias hacia el aire natural, limpio y fresco de la bahía. Unas olas pequeñísimas, espumosas, chocaban contra las rocas tras pasar a través de ellas...

Natalie empezó a estremecerse en fuertes arcadas, y una espuma blanca y ligeramente amarillenta apareció en sus labios.

—Natalie, sé que me estás oyendo, lo sé... No hagas nada, no te muevas, no te preocupes por nada... Voy a llevarte a lugar seguro.

Empezó a nadar de espaldas, llevando a la muchacha por encima de él, sujeta por les sobacos. Iba sorteando las rocas, algunas de las cuales estaban tan cerca de la superficie que podían haber cortado su espalda como cuchillas de acero aceras tocarlas... Pero las fue esquivando, una a una, con plena seguridad, sin un solo fallo... No iba de prisa, porque no quería cansarse, lo cual habría resultado fatal para los dos.

Nadó más de cien yardas así... Y cuando llegó a otro lugar cerca de tierra firme, una alta pared llena de algas y crustáceos apareció ante él. Desvió la marcha y continuó nadando, siempre llevando por encima de él a Natalie Raysdale.

Y una vez tras otra, iba encontrando costa escarpada. El solo podría haber subido por allí con bastante facilidad, pero sabía que nunca conseguiría subir a Natalie...

De este modo, Vinton Shark llegó más allá de la mitad del islote, rodeándolo continuamente... Por fin vio una pequeña playa, con rocas a ambos lados. Nadó hacia allí, puso los pies en la arena del fondo y se incorporó. Estaba tan cansado que de buena gana se habría dejado caer en el pequeño espacio arenoso.

Pero no podía hacerlo. Sacó a Natalie del agua, la dejó entre dos rocas porosas, le quitó la capucha de goma y los lentes, la boquilla, los tubos de aire... Luego, se inclinó sobre ella, colocando su boca en la de la muchacha, y empezó a soplar, con fuerza, lentamente...

Tres minutos más tarde, la respiración «boca a boca» empezaba a dar resultados. Los senos de la muchacha empezaron a subir y bajar, despacio, pero cada vez con más fuerza. Vinton recorrió la cremallera del traje amarillo y luego tiró de él, dejando a Natalie en «bikini».

Puso una mano sobre el corazón, notó el latido, y empezó a presionar sobre las costillas de ambos lados... Un chorrito de agua salió por la boca de Natalie. Luego otro, otro, otro... La espuma desapareció. Dejó de apretar el torso, colocó los brazos por encima de la cabeza de la muchacha y volvió a socorrerla por el sistema respiratorio de «boca a boca»...

Natalie abrió los ojos, lentamente. Sólo vio algo azul y rojo muy claro ante ellos.

—¿Estás bien?

Ladeó los ojos, y vio una forma borrosa ante ellos. Cinco segundos después, la forma se concretó, paulatinamente.

—Vinton...

—Has estado a punto de ahogarte.

—No, no, no...

—Ya lo creo que sí. Todo lo que tienes que hacer ahora es respirar. Pero despacio y tranquila. Todo está bien ya, Natalie.

Ella cerró los ojos, y el

«G-man»

dirigió una mirada a los tubos de goma que llevaban el aire de los depósitos a los pulmones de ella. Una de las abrazaderas estaba suelta completamente. El pequeño tornillo había desaparecido, de modo que el agua había empezado a entrar por allí, ocupando los tubos y llegando así a la boca de Natalie. Lógicamente, ésta, al notar el agua en su boca en lugar de aire, había hecho un movimiento de repulsión, escupiendo la boquilla... A partir de entonces, además de estar llenos de agua los tubos de aire, todo el cuerpo de la muchacha empezó a llenarse, a llenarse, a llenarse...

—No..., no ha sido así... No ha sido... así...

El

«G-man»

la miró vivamente.

—¿Qué dices?

—No ha sido un accidente, Vinton... Un «hombre-rana» vino..., vino hacia mí, y me..., me atacó.

—Natalie, no hables ahora. Más adelante explicarás...

—Estoy bien... Estoy muy bien, de veras... Fue un «hombre-rana» de los de Giles, lo sé...

—¿Estás completamente segura?

—Sí... Llevaba uno de esos trajes de goma de color paja... Él se acercó a mí, y..., y..., y...

—No sigas. Ya me lo contarás luego...

Natalie volvió a dejar caer la cabeza sobre la arena; estuvo casi diez minutos en silencio, respirando cada vez más normalmente...

—Estoy segura... Vi muy bien el traje de goma... Vino hacia mí, haciéndome señas... Yo le señalé la gruta donde tú estabas, pero no sé si él me entendió... Como todos estábamos buscando al hombre

que había desaparecido, creí que él estaba recorriendo esa parte del fondo, y me esforcé en decirle que por allí ya estábamos nosotros... No sé qué pasó. Se puso detrás de mí y de pronto empecé a tragar agua... Me sentía a punto de estallar, la cabeza me daba vueltas, el estómago se...

—Conozco bien esos síntomas. Ese hombre te quitó un tornillo de la abrazadera de los tubos de goma del depósito, y el agua entró en tus pulmones en lugar del aire. Bueno, en tu estómago, al principio...

—Vinton... ¿Por qué han querido hacer eso conmigo?

—No sé.

El agente del

F. B. I.

quedó sombríamente silencioso. Sí... Ahí estaba la pregunta: ¿por qué habían querido hacer aquello con Natalie Raysdale? El hombre que había encontrado muerto en la gruta tenía un feo agujero de arpón en el pecho. Una muerte..., un asesinato claro, sin lugar a dudas. Pero, luego, se llevan a ese hombre. Y cuando atacan a Natalie, no lo hacen por medio de arpones, cosa mucho más fácil y efectiva desde el primer momento, sino que le quitan un tornillo de la abrazadera del tubo general del aire... Un poco complicado... ¿Un poco? ¡Demasiado complicado! ¿Por qué?

—Creo que no querían que nadie supusiese que habías muerto... asesinada, Natalie. Tenía que parecer un accidente: un tornillo que se suelta, el agua entra en lugar del aire, cincuenta pies de profundidad... Un accidente.

—¡Pero no fue un accidente!

—Nosotros lo sabemos. Tú, porque estás viva. Yo, porque tú estás viva y me lo has dicho. Si te hubiese encontrado unos minutos después y hubiese examinado el tubo genera de aire, habría creído en un accidente, igual que todos. Y tú-estarías muerta, ahogada... ¿Crees que el hombre que te atacó era uno de los que vinieron al yate con Giles?

—Claro.

—No, no... No es eso... ¿Le viste la cara?

—No... Pero el traje de goma...

—Ya sé. ¿Cómo te sientes?

—Bien... Creo que bien... ¿Dónde estamos ahora?

—En un islote, el más cercano a los yates...

—¿Y qué..., qué hacemos aquí...?

—Jugando a los fantasmas —gruñó el

«G-man».

¿Qué quieres que estemos haciendo, sino esperar a que estés bien?

—Ya estoy bien... Podemos volver al yate...

—No.

Natalie se incorporó trabajosamente sobre los codos... Trabajo inútil, porque Vinton Shark le puso una mano en el pecho y la empujó de nuevo contra la arena, tendiéndose junto a ella inmediatamente.

—Natalie, algo raro está pasando en todo esto... ¿Tú quieres ayudarme?

—¿A... ayudarte?

—Sí. Ayudarme.

—Pero... ¿a qué?

—¿Quieres ayudarme, sí o no?

—Sí... Sí, Vinton, sí...

—Entonces, sólo vas a tener que hacer una cosa muy fácil: te vas a quedar aquí hasta que yo venga a buscarte.

—Pero...

—Eso es todo lo que te pido, Natalie.

Ella tardó un poquito en responder, tras mirar profundamente los azules ojos del agente del

F. B. I.

—Haré lo que quieras, Vinton.

—Bien. Aquí estás segura, de momento. No quiero que te muevas ni que te dejes ver, pase lo que pase. Fíjate bien, Natalie: pase lo que pase. Tienes que permanecer aquí, sin moverte, sin dejarte ver, sin dar señales de vida. Cuando sea el momento oportuno, yo vendré a buscarte... ¿Lo harás?

—Sí.

—¿Tienes algo que preguntar?

Natalie Raysdale sonrió débilmente.

—Muchas cosas —admitió en un susurro—. Pero tengo la impresión de que no querrías contármelas ahora, Vinton.

—Eres una chica estupenda... —Casi sonrió él—. ¿Harás lo que te he dicho?

—Sí.

—Entonces, hasta luego.

Iba a ponerse en pie, pero Natalie alzó un brazo y lo sujetó por un hombro. Vinton Shark quedó inmóvil, mirando aquellos ojos azules, tan parecidos a los suyos... Hacía falta ser absoluta y totalmente imbécil para no comprender lo que Natalie le estaba pidiendo.

Se inclinó un poco, la besó brevemente en los labios, y musitó:

—Es sólo un anticipo, Natalie.

—Menos mal —sonrió ella—. Estaba..., estaba...

—¿Decepcionada?

—Sí.

—Bueno... Hay cosas mucho más difíciles que resolver...

La volvió a besar. Y esta vez no fue un anticipo, sino el total. Cuando apartó sus labios de los de ella, Natalie permaneció con los ojos cerrados y la boquita entreabierta, mientras sus deditos acariciaban la nuca del hombre del

F. B. I.

—¿Está..., está bien así? —musitó Vinton.

—Sigue..., sigue siendo un..., un anticipo, mi amor...

—Saldaremos la deuda más adelante —sonrió el feo federal—.

No puedo esperar más. Quédate aquí... Y no olvides, Natalie: estás muerta, ahogada, en el fondo del mar.

—Siempre me gustó el mar...

Vinton Shark se puso en pie, recogió sus tubos, se los puso, miró a la muchacha, que todavía permanecía con los ojos cerrados, y se metió en el agua.

VIII

ERNEST Raysdale estaba tan pálido como un cadáver. Miró una vez más su reloj sumergible, dirigió un feroz vistazo de reojo a Vinton, y musitó:

—No puede ser... No puede ser, Shark... ¡Demasiado tiempo!

El

«G-man»

también parecía preocupado.

—Lo siento, señor Raysdale. Fue cosa de ella... Le había dicho que no se separase de mí, pero no me hizo caso... Cuando me di cuenta, ya había desaparecido.

—Pero ¡qué desaparecido ni qué...! ¡Usted está loco, maldita sea su estampa! —explotó, al fin, el millonario—. ¿Cómo se le pudo ocurrir que podía dejar de vigilar y cuidar a mi hija?

—Le aseguro que...

—¡Váyase al infierno! Hace más de veinte minutos que ha vuelto usted, y ahí está tan tranquilo, fumándose un cigarrillo, mientras mi hija quizá..., quizá...

Se mordió los labios y palideció todavía un poco más. Mantenía la vista fija en el mar, con una ansiedad del todo justificable. Vernon Shark había abordado el yate hacía veinte minutos, solo, apenas tres minutos más tarde que el propio Raysdale y Stone. Y había llegado solo. Había sido el primer sorprendido y asustado al no ver a Natalie, pero allí estaba él, y Natalie no estaba por ninguna parte.

Judith intentó calmar a su marido.

—Ernest, todavía tiene aire en los tubos... Quizá se haya entusiasmado en la búsqueda de ese «hombre-rana» de Giles...

—¡Dijimos que sólo bucearíamos una hora!

—Bueno... El tiempo pasa de prisa bajo el agua.

—¡Pero ella tiene su reloj, igual que les demás!

—Por favor, querido... No ganas nada torturándote así...

Raysdale volvió violentamente la espalda a su esposa y quedó apoyado en la borda, siempre mirando al mar.

—Stone —dijo después de unos segundos de silencio—, ¿quiere poner aire en los tubos?

Mac Stone alzó vivamente la cabeza.

—¿Piensa volver al agua, señor?

—Vamos a volver... ¡Todos!

—Pero, señor Raysdale, pronto será de noche... No crea que me resisto a ese trabajo, ni mucho menos... Es sólo que no veremos nada, ni siquiera con linternas. No hay nada más oscuro e impenetrable que el mar en la noche... Lo sé muy bien, porque...

—Si no quiere bajar, dígalo —cortó abruptamente Raysdale.

Stone frunció el ceño. Luego se puso en pie, visiblemente irritado.

—Iré a llenar los tubos de aire. Usted no puede enseñarme a mí a ser persona, señor Raysdale. Y mucho menos, podrá enseñarme nunca mi trabajo. Si usted...

—Lo siento... —musitó Raysdale—. Tiene que comprenderlo, Stone: es mi hija... Mi única hija...

—Eso sí lo entiendo. Ahora sí entiendo su idioma, señor.

—Perdone... Es que... Bueno, vamos a esperar cinco minutos más. Si dentro de ese tiempo, Natalie no ha vuelto al yate, yo saltaré a buscarla. Y conmigo, los que quieran hacerlo. Sé que el día ha sido un poco fatigoso, pero...

—Iremos todos, querido —le abrazó dulcemente Judith—. Pero no será necesario, ya verás... Por mi parte, estoy dispuesta a bajar ahí aunque sea de noche y el agua esté fría. Ahora, cálmate, y esperemos esos cinco minutos... ¿Qué te parece si nos separamos a lo largo de la borda y vamos mirando desde todos los lados del yate? Al menos, nos moveremos, y los nervios se desahogarán un poco...

Se lo llevó de aquel lado de la borda. Adams fue hacia el opuesto, cabizbajo, porque hacía un montón de años que estaba al servicio de los Raysdale, y la idea de que Natalie hubiese sufrido un percance le ponía las grasas a bajo cero. Stone y Shark se miraron, y

el último se puso en pie...

—Buena la has hecho —musitó Stone—. Pero, hombre de Dios, ¿cómo se te pudo ocurrir la idea de desamparar a la muchacha?

—Déjame en paz.

—¿Sí? Bueno, ya veremos qué pasa más adelante. Métete esto en la cabezota: Raysdale es millonario, uno de los esos tipos que tienen muchos y buenos amigos... Ya veremos quién te contrata a ti de aquí en adelante, si ese hombre da la voz de alarma. Ya sé, ya sé... Yo también he conocido chicas así: caprichosas, mimadas... Ven a un hombre, les gusta, y dicen «pues para mí», y se complican la vida y la complican a los demás. He visto casos de esos. Pero esa es parte de nuestro trabajo, maldita sea. La gente que nos contrata son millonarios... Y si tienen hijas y son tontas o caprichosas, peor para ellas... ¿A nosotros qué? Mira, una vez, en Acapulco...

Oyeron perfectamente la exclamación de Judith Raysdale, y todos corrieron hacia allí. Cuando llegaron junto al matrimonio, ella estaba señalando el agua, nerviosamente...

—Allí... ¿No lo ves? ¡Allí!

—No... No veo nada...

—¿Qué es, qué es...? —Se metió Stone.

—He..., he visto un «hombre-rana» —tartamudeó Judith—. Estoy segura de que lo he visto... Se ha apartado del yate, hundiéndose, nadando muy de prisa...

—No era Natalie, claro.

—¡Claro que no! ¡Estoy segura de que era un hombre, señor Shark! ¡Segurísima! ¿Es posible que no lo hayas visto, Ernest?

—No... Bueno, no sé... Creo que no...

—Claro... Muy claro... ¡Como el de los dos que...!

Se calló bruscamente y se quedó mirando a su marido. No acabó la frase, pero todos comprendieron muy bien lo que había estado a punto de decir... Raysdale corrió a proa, cogió los prismáticos y los enfocó hacia el «White Fish». Todavía había la suficiente claridad para distinguir cualquier objeto al que llegase la potencia de los prismáticos...

—Giles está a bordo, sólo... Esos hombres llevan casi dos horas de inmersión... Y parece que uno de ellos ha estado junto a nuestro yate. ¿Qué hace, Shark?

El agente del

F. B. I.

se estaba colocando la lente monocular. Luego, sin decir palabra, se descolgó por la borda, hasta llegar a la cadena del ancla. Por medio de ésta, llegó hasta el agua, en la cual se sumergió silenciosamente, nadando hacia el costado del yate en el cual Judith Raysdale había visto a un «hombre-rana» con traje de goma de color claro...

—Pero... ¿qué es esto? —musitó Raysdale.

Vinton acabó de sacudirse las manos mojadas, recobró un poco el ritmo respiratorio y señaló el artefacto.

—Estaba pegado en el costado del yate... Es una bomba de relojería, señor Raysdale. La he despegado justo del sitio donde su esposa vio al «hombre-rana».

El silencio pareció aplastarlos a todos. Y en él, destacando ominosamente, el «tic-tac-tic-tac» del aparato que Vinton había subido a bordo. Se veía claramente la esfera, las manecillas, el paquete anexo envuelto en plástico, conteniendo la carga explosiva...

—Está colocada para dentro de cincuenta y seis minutos —dijo el

«G-man»

—. Y por el tamaño de la carga, yo diría que quedaría muy poco de este yate... y de sus ocupantes.

—No, no —tartamudeó Raysdale—. No puede ser, Shark... ¡Estoy seguro de que Giles jamás haría esto...!

Nadie le contestó, y los fue mirando uno a uno, moviendo negativamente la cabeza, como un niño que no quiere admitir el gran fraude de que ha sido objeto.

—¿No..., no sería conveniente hacer... algo? —Casi gritó Adams.

Vinton asintió con la cabeza. Abrió el mecanismo y sus dedos fueron directos a la conexión de relojería.

—¡Pero...! —exclamó.

—¿Qué ocurre, Shark? ¿No puede desconectarla? —Tembló la voz de Judith.

—Pues... Sí... Sí, sí, desde luego... He visto, antes, un par de cosas de éstas... Es sencillo. Sólo hay que romper este hilo..., ¡así!, y la bomba ya no podrá funcionar jamás.

Arrancó un trozo de hilo eléctrico y se quedó mirándolo, con rápido parpadeo. Estuvo así unos segundos. Luego, de pronto, tiró el hilo al mar, y a continuación la bomba con mecanismo de relojería.

—Asunto solucionado... No pasará nada —aseguró.

—Pero no es posible —insistía Raysdale—. ¡Giles no puede haber hecho esto!

—Querido, yo creo..., yo creo que tienes demasiada buena opinión de tu amigo Giles...

—¡No! ¡Él no es capaz de una cosa así, lo sé bien! ¡Estoy dispuesto a...!

Vinton alzó su brazo derecho para mirar el reloj-brújula.

—Será mejor que nos dispongamos a bajar en busca de su hija, señor Raysdale. Y si usted quiere colaborar, señora, convendría que empezase a colocarse el equipo... Su esposo puede ayudarla... Pronto será de noche y todo será mucho más difícil entonces.

—Sí... Sí, eso es lo que vamos a hacer... ¡Vamos, Ernest!

El primero en saltar al agua fue Vinton Shark, que empezó a nadar inmediatamente hacia el islote en el cual había dejado a Natalie. Llegó diez minutos después, sin haber forzado la marcha. Natalie lo reconoció en seguida, y su expresión de espanto se esfumó. Lo esperó sentada en la arena, metida entre las rocas, tiritando...

Vinton tiró a un lado las aletas, el lente y los tubos, y se acuclilló ante ella, sonriendo.

—¿Tienes frío?

—Sí... Sí, Vinton, mucho frío...

—Te ayudaré a ponerte el traje de goma, aunque todavía esté mojado... ¿Todo va bien?

—¿Bien? No sé...

—¿No has visto nada?

—No... ¿Qué podía ver? Los dos yates, el mar...

El traje de goma estaba no sólo mojado, sino lleno de arena, pues Vinton, al quitárselo, lo había tirado de cualquier modo a un lado.

—Será mejor que no te lo pongas; para limpiar esta arena, haría falta sumergir el traje, y quedaría mojado por dentro... Con lo cual, no creo que ganásemos gran cosa... ¿Estás segura de que no has

visto nada?

—Claro...

El agente del

F. B. I.

permaneció silenciosamente sombrío unos segundos. Luego miró hacia los dos yates, alternativamente. Después, hacia la costa, cercana a los islotes. Y hacia el sol...

—Pues tiene que ser por aquí —dijo.

—¿Qué...?

—Nada... Nada. Quédate aquí quieta, y no te muevas. Ya sabes: estás muerta, ahogada.

—¿Adónde vas?

—Quiero ver bien este islote.

—¿El islote? ¿Por qué? No hay nada que...

—¿Que merezca la pena? Pues eso podría ser discutido muy largamente, Natalie. Precisamente, este islote es el de más fácil acceso para los que vengan del centro de la bahía. Para los que salten de las rocas al agua, tanto da un islote como otro. Pero, para quienes llegan a tierra desde la bahía, este islote es ideal para llegar a tierra firme.

—No te entiendo, Vinton... Y tengo un frío espantoso...

—Aguanta un poco más. Procuraré volver cuanto antes.

Tardó quince minutos en encontrarlo, en el centro del islote. Así tenía que ser, de acuerdo a toda lógica. Había cruzado por áspero terreno, por entre maleza, palmeras... Y allí estaba...

Todo lo que se veía era un traje de goma de color paja, colocado sobre unos arbustos, expuesto al airecillo que sin duda soplaría en plena noche. Un poco más allá, vio otros dos. Uno de ellos colgado muy cuidadosamente, pero el otro no parecía importar demasiado, porque estaba apelonado.

El cielo mostraba ahora un tono rojo violento, muy próximo a la negrura total de la noche. Todo era quietud, silencio.

Vinton Shark alzó el fusil submarino, asegurándose de que la muesca del arpón estaba en el sujetador y que el aire había sido comprimido en el tubo. Quitó el seguro y dio un par de pasos hacia donde estaban los trajes de goma de color paja. Sentía una extraña emoción casi furiosa... Sí, furiosa. Por lo menos, se había

demostrado a sí mismo que sabía pensar. Por extrañas que las cosas parezcan en un principio, siempre tienen su lógica. Siempre. Al final, todo tiene una explicación clara, diáfana, definitiva.

Y él tenía allí, muy cerca, la explicación de todo aquel asunto.

Apenas un minuto más tarde, se detenía junto al primero de los trajes de goma. Le tocó con la punta de los dedos, comprobando que estaba mojado, ciertamente. Se acercó a los otros dos y también los encontró mojados... Uno de ellos, el que estaba colocado sobre la maleza con evidente descuido, tenía un color ligeramente diferente a los otros dos... Naturalmente.

Sí: naturalmente.

Lo movió, hasta encontrar el agujero en la goma, en la parte del pecho, precisamente. Aquel era el traje de goma que había llevado el «hombre-rana» que él había encontrado muerto en la gruta. Es decir, el llamado Bascomb, que había sido contratado por Giles Demaree. Todo muy lógico... Ahora, claro. No lo había matado Stone, ni Raysdale, ni Giles Demaree, ni los otros dos «ranas» contratados por él... Tampoco había podido ser Adams, ni Natalie, ni Judith... Pero, obviamente, alguien había matado a aquel hombre.

Entonces, todo era tan sencillo como sumar dos y dos: había sido una persona que estaba cerca de los dos yates, pero no en el mar, ya que habrían visto su embarcación. En tierra, entonces. Naturalmente... Y el mejor lugar para que un «hombre-rana» pudiera regresar a tierra firme era aquel islote...

Sumar es fácil... cuando se conocen los sumandos.

Apartó la maleza, metiéndose entre ella. Tardó menos de diez segundos en ver la tierra removida, formando un discreto abultamiento. Justo, justo, el tamaño de una tumba... Es decir, que ya sabía dónde estaba el hombre llamado Bascomb. Había sido retirado del agua mientras los ocupantes de los dos yates estaban desayunando y luego descansando. Y, naturalmente, igual que a él le había ocurrido con Natalie, a las personas desconocidas que habían hecho aquello sólo les había sido posible llevar a tierra a Bascomb en aquel islote...

Volvió sobre sus pasos y se quedó mirando los trajes de goma. Sol rojo, silencio, una suave brisa...

Fue aquella brisa la que llevó a sus oídos las amenazadoras

palabras:

—No se mueva, amigo... Y deje caer ese fusil.

Vinton Shark quedó inmóvil. Durante cuatro o cinco segundos, no oyó nada. Ni siquiera sabía exactamente dónde estaba el hombre que había hablado.

—Le he dicho que deje caer el...

El agente del

F. B. I.

se volvió velozmente, dejándose caer de rodillas... Vio ante él a un hombre, envuelto en un albornoz... Vio clarísimamente el cárdeno fogonazo, oyó el suave «plop» de la pistola terrestre con silenciador, oyó el silbido de la bala a una pulgada de su cabeza...

¡Fffsssss...!

El silbido del arpón disparado por él fue un poco más audible, breve, un poco vibrante...

—¡Aaggg...!

El hombre lanzó el grito agónico llevándose las manos al pecho, en el cual se había hincado el arpón con toda la fuerza del aire comprimido en el tubo del fusil... Con tanta fuerza, que dos terceras partes estaban hundidas en la carne del desconocido... La pistola escapó de sus dedos crispados, y Vinton tiró el fusil submarino y saltó hacia el arma. Sabía que aquel hombre no estaba solo en el islote, de modo que...

Primero vio los pies, calzados con zapatillas de lona blanca... También los pantalones eran blancos. Y al lado había dos pies más, descalzos...

¡Clock!

La noche llegó anticipadamente para Vinton Shark, agente especial del

F. B. I.

IX

LO primero que oyó al despertar fue la voz de un hombre.
Una voz desconocida:

—... contratiempo lo de avisar al
F. B. I.,
desde luego.

Luego, la voz de mujer, muy conocida:

—No importa. Tendremos que arreglar las cosas de modo que todo quede como habíamos planeado, Oliver.

—Lo veo difícil. No imposible, desde luego, pero sí difícil...

—No tanto. Shark ha matado a Bowen, y yo he matado a Hoskins... Ellos dos y nosotros somos los únicos que conocemos el verdadero asunto. Y como ellos dos han muerto, sólo quedamos nosotros dos. Y como vamos a matar también a Shark, que es demasiado listo, todo quedará bien. ¿Por qué te preocupas tanto?

—No sé... Está bien, acabemos cuanto antes. Tengo que volver a Flamingo. No quisiera que empezasen a pensar que mis salidas en lancha se prolongan demasiado. Alguien podría tener la brillante idea de pensar que yo vengo hacia Whitewater Bay.

—No digas tonterías... Oh, oh, oh... Parece que el señor Shark está recuperando el conocimiento... ¿No es maravilloso?

Vinton Shark se quedó mirando fijamente, a la luz morada de los últimos minutos del día, a la mujer ataviada con el vestido de goma para bucear.

—Debo confesar que estoy un poco asombrado, señora Raysdale.

—¿Asombrado? —rió Judith—. ¿Por qué?

—Pues no sé... exactamente... La verdad es que todavía no he comprendido muy bien las cosas.

—¿Qué más da, señor Shark? No tengo mucho tiempo que

perder... He conseguido despistar a Ernest bajo el agua, pero no puedo tardar demasiado. No me gustaría que además de preocuparse por su hija empezase a preocuparse por mí... ¡Es tan bueno...!

—Y usted lo ama mucho, claro...

Judith se echó a reír, y el hombre que estaba con ella se acercó a Vinton y le propinó un puntapié en el estómago.

—Cierre la boca —gruñó—. Es mejor que se vaya acostumbrando, señor Shark.

Vinton quedó tendido de lado en el suelo. Tenía las manos atadas a la espalda, pero libres los pies... Al moverlos, vio tendidos cerca de él a dos hombres... Uno, tenía todavía en el pecho su arpón. El otro, sólo dos feas manchas oscuras en el pecho... Negras. No... Rojas, claro...

—Se llaman Bowen y Hoskins. A Bowen, lo mató usted. A Hoskins tuve que matarlo yo, porque la cosa se había complicado un poco. Así se lo dije a Oliver cuando nos encontramos en el lugar convenido, y vinimos hacia aquí, a tiempo de ponerlo a usted a raya y... castigar a Hoskins por no saber intervenir a tiempo para ayudar a su compañero... Pero, en fin, señor Shark, los dos están muertos, y asunto solucionado. Ahora le va a tocar a usted, lo siento.

—Tenga cuidado —susurró Shark—. Soy un agente del F. B. I., señora Raysdale.

—No se las dé de listo, señor Shark. Usted oyó lo que decía Giles Demaree, y quiere aprovechar...

—Puede ir a mi camarote, en el yate; dentro de mi saco de lona encontrará un plomo de lastre que contiene un receptor-grabador. Allí hay algunas conversaciones de usted con su esposo. Y si desenrosca el tubo derecho del otro equipo de aire que subí a bordo, verá una radio con la cual me he estado comunicando con la Delegación del

F. B. I.

en Nueva Orleáns. Y así, supe algunas cosas del señor que le acompaña: Oliver H. Dantry, el anticuario. Si me matan, están listos.

—¡Lo voy a...! —Casi gritó Dantry.

—No. —Judith le apartó, desviando la pistola—. Espera, Oliver.

El señor Shark ha resultado un personaje interesante. La verdad es que me ha parecido tan tonto y torpe, que estoy muy sorprendida... Pero me pregunto si el señor Shark piensa que el hecho de ser un agente del

F. B. I.

es suficiente para salvar su vida.

—Es siempre un punto a favor —dijo Vinton.

—¿Eso cree? Pues le diré lo que vamos a hacer, señor Shark: usted va a cargar ahora sobre sus hombros, como si fuese una mula, con los cadáveres de Bowen, Hoskins y el «hombre-rana» de Giles Demaree... No quiero dejar cadáveres por aquí, naturalmente. Y usted demostró ser muy fuerte cuando cargó con tantas maletas, en el muelle de Nueva Orleans... Ve a desenterrar si empleado de Demaree, Oliver.

—No me fío de este tipo...

—Está atado... Y si se mueve, lo mato. Si se porta bien, vivirá unos minutos más... ¿Tienes otra carga..., pero en buen estado?

—Sí.

—Estupendo. La llevaremos a la lancha que Hoskins y Bowen tenían escondida por aquí. Y así podremos preparar al señor Shark una muerte digna de un agente del

F. B. I.

¿Satisfecho, señor Shark?

—Usted será ejecutada, señora Raysdale.

—¿Por qué motivo?

—Por asesinato.

—¿De quién? Porque, señor Shark, para acusar a alguien de asesinato, es imprescindible mostrar el cadáver. Y tengo pensado que el cadáver de usted, el de Bowen, Hoskins y el llamado Bascomb, se hundan en el mar para siempre. Oh... Queda Natalie, por supuesto... Un accidente, eso quedará demostrado. ¿Qué esperas para desenterrar a ese hombre, Oliver?

—Voy.

El

«G-man»

miró de reojo a Oliver H. Dantry, dirigiéndose hacia la tumba que había visto antes. Cuando volvió a mirar a Judith Raysdale, ella le miraba sonriente, con cierta expresión de curiosidad.

—El

F. B. I.

los atrapará.

—Todo lo más —rió ella—, atrapará a Ernest, por violación de correspondencia. Poca cosa, supongo... Y él me quiere tanto, y es tan caballero, que no consentirá que yo sea la acusada.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Yo fui quien abrió la carta, señor Shark... Por cierto, ¿en verdad está enterado de todo?

—Sí.

—Bien... Cuando conocí a Ernest Raysdale en Miami, me pareció que era una bonita oportunidad de mejorar de situación. También estaba allí el tonto de Giles, pero pronto comprendí que, por físico y por millones, me convenía más Ernest Raysdale. Y nos casamos. Yo hacía tiempo que Oliver y yo éramos... amigos, de modo que ideamos un plan: apoderarnos de la fortuna de Ernest Raysdale...

—¿Matándolo?

—Primero, a su hija. Luego, a él. Así, toda su fortuna pasaría a mi poder. ¿No es sencillo?

—Está loca.

—Como sabíamos que a Ernest le encantan estas cosas del mar, Oliver y yo pensamos algo, cuando me visitó..., mmm..., digamos clandestinamente en Nueva Orleáns. Pensamos atraer a Ernest aquí, y matar en primer lugar a su hija, de un modo... accidental. Pero, para que la cosa todavía estuviese mejor hecha, Oliver escribió a Giles Demaree. Yo sabía cuándo llegaría la carta, de modo que me las arreglé para que Giles nos invitase a cenar aquel día... Anticipamos la llegada, vi la carta, le llamé a Ernest la atención sobre el hecho de que Giles tenía una carta de un anticuario... Luego, ante el horror de Ernest, abrí la carta... El pobre se quedó paralizado de espanto, de incredulidad. Pero le convencí para que la leyese. De este modo, sabía que Giles y Ernest vendrían a este lugar. Giles llegó primero, porque yo quería que produjese la impresión de que dominaba mejor la situación... Uno de sus hombres vio a Bowen, y Bowen, bajo el agua, tuvo que matarlo y llevarlo a una gruta...

—Mal asunto, señora Raysdale.

—¿Por qué? —volvió a reír ella—. En primer lugar, nadie encontrará ningún cadáver, excepto el de Natalie, lo cual entra dentro de mis planes, naturalmente. Pero, si hubiesen encontrado el cadáver de un hombre de Giles Demaree, había mil maneras de probar que no fue Ernest quien lo hizo... Quizá usted, quizá Stone...

—Usted no está en su juicio, señora.

—¿Lo dice por lo de la bomba?

—No... Me di cuenta en seguida de que aquella bomba jamás podría hacer explosión: estaba desconectada.

—¿No fue una inteligente jugada? Así, todas las culpas podían derivar hacia Giles Demaree, que había sido rival de Ernest para conseguir mi... amor, digamos. Pero, claro, no iba a ser tan temeraria de ordenar a uno de los hombres que Oliver y yo teníamos contratados que colocase una bomba en disposición de estallar. Yo tenía que descubrir la bomba, y sabía cuándo debía hacerlo. No había ningún «hombre-rana» allí, pero sabía que la bomba estaba colocada... Entonces, para que nadie sospechase de mí, dije lo del «hombre-rana»... Una bomba... ¿Quién iba a sospechar de una persona que había estado a punto de volar en pedazos por una bomba?

—También fue usted quien estropeó la radio de a bordo.

—En efecto. No entiendo mucho de esto. Di un par de tirones, y consideré que ya era suficiente... Oh, la del yate de Giles la estropeó Hoskins, claro, que subió al «White Fish» cuando no había nadie allí. Y... Oh, sí: en cuanto a Oliver, claro, él vino aquí al poco de idear el plan entre los dos y tiró por estos lugares algunas de las cosas que tenía en su tienda... Luego, se vino de vacaciones, pero, en realidad, para vigilar, con Bowen y Hoskins, que estaban fijos en el islote, la buena marcha del plan... Sobre esto hubo un pequeño contratiempo: creo que mi marido se dio cuenta de que aquella arca, si bien era antigua, no llevaba demasiado tiempo en el mar... ¿Por qué cree que pudo darse cuenta?

—Entre otras cosas, porque el arca no tenía ningún crustáceo de tamaño considerable, señora. Eso, aparte de ciertos detalles que pueden bastar a un experto como el señor Raysdale para quedar no poco... asombrado.

—Lo estaba, lo estaba... La verdad es que empezaba a creer que todo aquello era una broma estúpida que alguien había querido

gastar a Giles Demaree. Y quizá todo quede en eso... Pero, mientras tanto, llegamos al punto que a mí me interesaba: la muerte de Natalie. Ella es una chica más bien... amable. Pero los millones son más amables aún. De modo que, muerta ella, Ernest sólo me tendría a mí para dejármelos a su muerte...

—Que será muy pronto —dijo Oliver H. Dantry, reapareciendo—. De momento, ya ha muerto la hija. La encontrarán, regresarán a Nueva Orleans, y el viejo Raysdale hará un nuevo testamento... Entonces, habrá llegado el momento de que él sufra su correspondiente... accidente. ¿No es así, querida?

—En efecto, amor —rió Judith.

—Y ustedes dos —dijo mordazmente Vinton—, se dedicarán a disfrutar de esos millones, ¿no es así?

—¿Cómo lo ha adivinado? —rió Dantry.

—El

F. B. I.

lo descubrirá.

—El

F. B. I.

no descubrirá nada, señor Shark. Ni siquiera el cadáver de usted, fíjese bien... Ustedes son hombres de mentes simples... ¿Cómo se les va a ocurrir que alguien escriba una carta a Giles Demaree para que sea Ernest Raysdale el que venga a este lugar, donde, infortunadamente, su hija sufre un accidente mortal? No creo que a mí me molesten mucho, señor Shark. En cuanto a Oliver, siempre podrá demostrar que en esta bahía hay algo, que él se enteró, que escribió al señor Giles Demaree... ¿Pueden culparlo de algo por eso, o por estar de vacaciones en Flamingo?

—Bueno, ya está bien de charla, Judith —gruñó Dantry—. El cadáver de ese tipo está desenterrado.

—Pues haremos una cosa: tú cargas con él, después de cargar un cadáver en cada hombro del señor Shark. Así, nos los llevamos a los tres de un viaje, porque tengo prisa... ¿Será tan amable de ayudarnos, señor Shark?

Dantry le dio otro puntapié, ahora en las costillas.

—Póngase de rodillas e inclínese un poco. Le voy a colocar a Bowen y Hoskins como heridos de guerra, uno sobre otro y en la espalda. ¿Sabe cómo sujetarlos?

—Con las manos libres, sí.

Dantry soltó una risita. Cortó los cordones de nylon que sujetaban las muñecas de Vinton y se apartó rápidamente.

—Cárguese usted mismo los cadáveres, Shark.

El

«G-man»

obedeció; luego, tuvo que volverse de espaldas, mientras Judith le apuntaba y Oliver se cargaba el cadáver de Bascomb, recién desenterrado a las pocas horas de la operación inversa.

—Camine. Hacia el lado opuesto del islote.

Llegaron diez minutos más tarde. Había dos lanchas allí, y Vinton Shark podía comprender muy bien lo que iba a ocurrir: meterían en una los cadáveres y a él mismo, después de matarlo. Luego, Oliver H. Dantry se iría, remolcando aquella lancha, la hundiría en algún lugar profundo, bien lastrada, y seguiría en su lancha hacia Flamingo... Y aquí no ha pasado nada... Excepto la muerte de cuatro hombres y el cobarde asesinato de una muchacha... Afortunadamente, al menos Natalie saldría bien librada de aquello...

Dejó los cadáveres en la lancha. Dantry le golpeó en los riñones con la pistola, derribándolo sobre la borda, y procedió a atar de nuevo sus manos, refunfuñando por el capricho de Judith Raysdale.

—Le reservamos una muerte especial, señor Shark —dijo ella—. Comprenderá que no podemos matar del mismo modo a un tipo cualquiera que a un agente del

F. B. I.

De manera que, como decíamos antes, usted tendrá una muerte especial, para probarse a sí mismo que es muy valiente... Suba a la lancha... ¿Dónde tienes la otra bomba, Oliver?

—En la cabina. Te la traeré.

—No es necesario, querido. Yo la recogeré, después de matarte.

—Yo te... ¿Qué...? Judith, ¿qué...?

—Quieto, quieto, querido...

—¿Qué te ocurre? —masculló Oliver—. ¿Estás loca?

—Estaría loca si me fuese contigo después de heredar unos cuantos millones, mi amor.

—Judith, espera... No estás hablando en serio...

—Te aseguro que sí. Verás lo que he pensado yo: una vez todo

terminado, no te necesito, porque, mentalmente, mis planes han sido un poquito diferentes a los tuyos desde el primer momento. Muerta Natalie, yo soy la única heredera. ¿Por qué tengo que matar a Ernest? ¿Para irme contigo, que eres un sinvergüenza, un vividor despreocupado, un chico simpático que gusta a todas las mujeres...? Te duraría yo lo que me durasen los millones de Ernest, querido. Luego, me dejarías, con total indiferencia... Dos, tres, cuatro años... Cinco, quizá. Luego, yo tendría treinta y cinco años, y ni un solo dólar. Y tú me dirías adiós... ¿Ésa es la vida que puedes ofrecerme? No vales tanto. Y yo me pregunto: muerta Natalie..., ¿por qué matar a Ernest? Con su apellido y su dinero, tengo todas las puertas abiertas, puedo tener todo lo que me venga de capricho. Todo. Y, además, Ernest me ama, es considerado, educado... Su mundo es muy diferente al tuyo. Casi, casi, lo quiero un poco a él, además... Y tú no vales tanto como para cambiarte por todo eso, Oliver...

Plop.

Plop.

Plop.

Oliver H. Dantry salió dando tumbos hacia atrás, hacia la lancha, estremeciéndose a cada balazo que recibía su cuerpo... Quedó colgando de la borda de la lancha, con la cabeza hacia dentro... Judith se acercó a él y le empujó los pies hasta que todo el cadáver quedó en la lancha azul y blanca. Subió ella también, localizó la bomba de relojería y la puso para treinta minutos más tarde, sin dejar de vigilar a Vinton Shark.

Por fin, colocó la bomba en la lancha, junto al depósito de combustible, y puso en marcha el vehículo, tras fijar la rueda del volante. La lancha empezó a alejarse, velozmente, y ella se acercó a Vinton, muy cautelosamente.

—Con un poco de suerte, esa lancha puede llegar fuera de la bahía. Pero, como hay tantos islotes, es posible que no llegue, que choque contra uno... Entonces, explotará de todos modos, y ni de la lancha ni de Oliver H. Dantry podrá encontrarse un pedazo más grande que un grano de arroz. Y ahora, señor Shark, suba usted a su embarcación. Le toca emprender el viaje.

—¿Con bomba o sin bomba? —Intentó fanfarronear Vinton, ronca la voz.

—Sin bomba y en vida... —rió ella—. Eso es como premio por

pertenecer al

F. B. I.

Vamos, suba. Y si prefiere partir muerto, sólo tiene que intentar algo... Eso es... Túmbese allá, en el fondo... Al revés...

El motor de la otra lancha se oía muy lejos ya cuando Judith Raysdale obligaba al

«G-man»

a colocarse boca abajo en la lancha y le ataba los pies. Luego, con una piqueta, golpeó el fondo, hasta que empezó a entrar agua... Con aquel boquete tardaría apenas diez minutos en llenarse... Luego, ya posiblemente en un lugar profundo, se iría al fondo, con los tres cadáveres y el agente del

F. B. I.

Al cual, como último detalle, lo ató con los demás, y todo el grupo a la lancha, de modo que, una vez hundida, los cadáveres jamás saldrían a la superficie.

—Feliz viaje, señor Shark. Y mi enhorabuena por pertenecer a organismo tan importante como es el

F. B. I.

La lancha se puso en marcha, directa hacia la muerte, hacia la noche absoluta que ya pesaba sobre Whitewater Bay.

Inmediatamente, Judith Raysdale empezó a correr, hacia la otra parte del islote. Tenía que llegar allá, saltar al agua, llegar al yate...

Y por alejarse tan de prisa, no pudo ver a Vinton Shark partir el cordón que le sujetaba, con un tirón tan violento que, antes de partirse con un fino chasquido, el nylon se clavó profundamente en los tobillos del

«G-man»...

Tampoco lo vio ponerse en pie, a trompicones, y saltar, con los pies y las manos atadas, por encima de la borda, hacia el negro mar.

A menor profundidad, mayores posibilidades de salvación. Pero, apenas tocar el agua, el cuerpo de Vinton Shark, privado de cualquier movimiento útil, se hundió, desapareció.

Y las aguas se cerraron sobre él, y las estrellas salpicaron el mar, y la luna lanzó sus rayos lívidos hacia aquellas negras aguas...

—Por favor, querido... No te tortures más... Hace casi una hora que es de noche, no se ve nada... Vamos adentro, y quítate el traje

de goma, al menos.

—Su esposa tiene razón, señor Raysdale —musitó Stone, agotado tanto como Raysdale—. Ella estuvo a punto de perderse por apurar demasiado el tiempo de luz... Si no hubiésemos encendido las del yate...

Ernest Raysdale no contestó. Permanecía con la mirada fija en la negrura del mar. Pero, en realidad, ya ni siquiera veía el mar, ni veía nada...

—Mi pequeña... Mi pobre pequeña Nat...

—¡Hola, papá!

Raysdale lanzó un grito y se volvió hacia la proa, tan pálido que su rostro destacaba reflejando la luz lunar como si brotase de allí mismo.

—N-n-natt... ¡Nat!

Pero más pálida que Ernest Raysdale, estaba su esposa, que contemplaba con ojos desorbitados a la muchacha, recién aparecida en cubierta por la parte de proa, en «bikini», como un fantasma brillante, chorreando agua, pegados los cabellos a la cabeza... Detrás de ella apareció otro «fantasma», más alto, huesudo, fuerte y ágil, cubierto con un traje de goma...

Ernest Raysdale dejó de abrazar casi frenéticamente a su hija cuando el segundo «fantasma» dijo:

—Preferimos subir por la cadena del ancla, señor Raysdale, no fuese que alguien quisiera matarnos otra vez.

—Shark, no sabe cómo le agradezco esto... ¿De qué está hablando, qué dice...?

—Su hija me debía la vida a mí, y ahora yo se la debo a ella, de modo que estamos en paz. Es una chica con mucho valor, señor Raysdale, se lo aseguro. No vaciló en sacarme de allí... Y hasta tuvo la astucia de esperar a que su esposa, que tenía una pistola en la mano, se alejase. Natalie me dijo que sabía que yo saltaría por la borda, y como ella me había seguido por el islote, fue a buscarme al fondo, cortó la cuerda...

—Shark... No le entiendo... ¿De qué está usted hablando?

—Pues... Me temo, señor Raysdale, que tendré que detener a su esposa.

Ernest miró a Judith, cuya palidez sólo podía ser superada por la muerte. Parecía de piedra.

—¿Detener a Judith...? Pero... No comprendo... ¿Por qué?

—En primer lugar, por violación de correspondencia...

ESTE ES EL FINAL

DE modo, señores, que ustedes tenían la culpa —acabó Natalie, furiosamente—. Si hubiesen sido más amables con Vinton, él no habría sido nunca un gafe, ni habría roto nada...

—Pero...

—¡Yo estoy hablando! ¿No podían comprenderlo, igual que lo comprendí yo? Él es tímido, feo, y estaba convencido de que nadie le quería, ni le hacía caso... Y encima, sus compañeros, riéndose... Todo eso aún le hacía más torpe. ¡Y no es torpe! Sólo tienen que demostrarle confianza... Demuéstrele que confían en él, y Vinton Shark será dentro de muy poco el mejor agente del

F. B. I.

Ya lo demostró en su ingreso en el Departamento, ¿no? ¡El número dos! Y fue porque nadie se metía con él, le alentaban... Y llega aquí, y ve sonrisitas de burla, bromas sobre su estatura... El desmoronamiento. Le envían a ver unos librotos que cualquier contable de pacotilla sabría descifrar, y cosas así... ¿Por qué?

—Emmm... Señorita Raysdale...

—¿Cómo no se dieron cuenta?

—Bueno... —rió Bart—. Es que nosotros no estamos enamorados de él.

—Pues yo sí, aunque sea feo.

—Mire, señorita Raysdale —intervino Howard—. En el F. B. I.,

cada hombre tiene que demostrar lo que vale por sí mismo. Vinton lo ha demostrado. Muy bien: todo seguirá su curso. Yo le di un... margen de confianza, y él ha cumplido. Es todo. Además, aquí todos le apreciamos de verdad. Pregunte a cualquier agente. Todos quieren a Vinton Shark, se lo aseguro.

—Pues él cree que no... ¿Verdad, Vinton?

Shark carraspeó y asintió con la cabeza.

—¡Qué tontería! —exclamó Howard—. Vamos a ver, seamos sensatos. ¿Usted cree que un tipo capaz de enamorarla a usted puede ser despreciado por alguien? —Se oyeron algunas risas—. Lo que pasa es que cuando él llega a un sitio, todo peligra.

—Porque no tienen confianza en él. Apenas verlo, ya dicen: ahí viene Vinton, el gafe... Y él, empieza a romper cosas, de tan nervioso que se pone al ver que sus compañeros se ríen.

—¿Y todo eso le pasa a un hombre como un castillo de grande y de fuerte? —rió Melfort.

—Cada uno tiene su punto flaco —gruñó Vinton, poniéndose en pie—. Vámonos ya, Natalie. Has conocido a mi jefe, a algunos compañeros... Larguémonos cuanto antes.

—Cuidado, no rompas nada en el viaje de novios —rió Bart.

Vinton Shark lo miró simpáticamente de arriba abajo. Sacó un cigarrillo, se lo puso en la palma de la mano derecha, dio un golpe en la muñeca con la izquierda y el cigarrillo, tras un par de vueltas, fue a caer en su boca, listo para encender. Sacó con gesto elegante el encendedor, aplicó la llamita, lo tiró al aire, lo recogió sin mirar y lo guardó.

—Hasta la vuelta, caballeros.

Cogió a Natalie de un brazo y salieron del despacho de Howard.

—Ca... ray con el niño mimado... —dijo Bolton—. Oye, ¿cómo ha sido eso del cigarrillo?

—Así, hombre —dijo Bart.

Tiró el cigarrillo del mismo modo, sólo que el blanco cilindro fue a darle de punta en un ojo. La risotada fue general entonces.

—Lo que tú necesitas es mucho cariño y mimitos... ¡Menudo granuja nos ha salido el gafe!

FIN

PIDA EN SU QUIOSCO

Agente Federal

LA COLECCION UNICA EN SU GENERO

AGENTE FEDERAL

Un
símbolo
CONTRA
EL
CRIMEN

ER

Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Amaro García, 17 • Madrid-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN
10 Pesetas

